

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

AGOSTO DE 1937

AÑO VII

BUENOS AIRES

STUR

REPRINTED FROM

THE STUR

THE TOWN OF STUR

STUR

LE

SUMARIO

POSICION DE *SUR*

VICTORIA OCAMPO

VIRGINIA WOOLF, ORLANDO y Cía.

JAMES JOYCE

UNA ESCENA DE "DESTERRADOS"

RAFAEL PIVIDAL

*CATOLICOS FASCISTAS
Y CATOLICOS PERSONALISTAS*

DOCUMENTOS

JACQUES MARITAIN

SOBRE LA GUERRA SANTA

NOTAS

LETRAS ARGENTINAS — V. O.: "Viaje Olvidado"

CINE — *Jorge Luis Borges*: "La Fuga"

CALENDARIO — (Revista de temas del mes).

STUMM

POSITION OF THE

VICTIMS OF THE

TRAGEDY OF THE

LATEST OF THE

WARRIORS OF THE

POSICION DE SUR

Se nos acaba de aludir en una publicación católica de esta capital calificándonos de "revista francamente de izquierda". En la misma nota se deja sentado que no se pone en duda la calidad literaria de SUR.

Parece establecerse aquí una distinción entre nuestra actitud política y nuestra naturaleza literaria.

Tal distinción no existe.

El sentido de nuestro pensamiento y la calidad de nuestra expresión son una sola y única cosa.

No sabemos lo que significa ser una revista de izquierda.

No nos interesa la cosa política sino cuando está vinculada con lo espiritual. Cuando los principios cristianos, los fundamentos mismos del espíritu aparecen amenazados por una política, entonces levantamos nuestra voz.

Esta revista no tiene color político, como no sea el color que

impone a una inteligencia la defensa honrada de esos principios, de esos fundamentos.

Queremos cosas simples y concretas:

Queremos continuar en la tradición profunda de nuestro país que es una tradición democrática.

Queremos un país mejor, una cultura más auténtica, una sociedad menos contaminada y más justa, una verdad menos confinada.

Todas las persecuciones sectarias — sean de raza, sean de política, sean injustas persecuciones disimuladas bajo formas codificadas y legales — nos parecen igualmente odiosas, igualmente monstruosas.

Lo que nosotros perseguimos es una lucha contra la persecución misma.

Queremos un clero mejor, un clero al que le interese más la cuestión eterna de lo espiritual que los manejos transitorios de la política.

No concebimos más que un clero apostólico, una Iglesia sin excesiva sumisión a los poderes temporales.

Estamos contra todas las dictaduras, contra todas las opresiones, contra todas las formas de ignominia ejercidas sobre la oscura grey humana, que ha sido llamada la santa plebe de Dios.

Estamos siempre, en cualquier caso, con todo el fervor de que

somos capaces, con toda la posibilidad de riesgo que fuera preciso correr, con todo el candor que es para ello necesario, del lado de los puros de corazón, los puros de inteligencia.

Este es nuestro sólo partido y no es, convengámoslo, un partido político.

Pero si la publicación llamada "Criterio" designa todas esas cosas con el nombre general de izquierdismo, esto es tal vez lo que nosotros somos — por fortuna — y lo que la verdadera tradición cristiana ha querido para todos los hombres.

VIRGINIA WOOLF, ORLANDO Y CIA. (*)

Voy a hablarles a ustedes como "common reader" de la obra de Virginia Woolf. Voy a hablarles de la imagen que conservo de ella. No esperen ustedes oír crítica literaria pura; se decepcionarían. Pues el encuentro con la autora de *Orlando* me ha traído una vez más — entre otras cosas — la certidumbre de que nada de lo que había yo imaginado de la mujer, soñado para ella, defendido en su nombre, es falso, exagerado ni vano. Y al pensar en Virginia Woolf no puedo olvidarlo ni un momento.

Para acercarlos mejor a la que quiero acercar a ustedes, entremos en el mundo tal como era cuando ella estaba por llegar, o mejor dicho, cuando otros estaban por hacerla llegar a él.

En esa época las mujeres usaban polisones y batas ajustadas. El sombrerito empinado en la cabeza era un detalle incapaz de contrabalancear el inmenso edificio que llevaban por detrás. María Bashkistseff protestaba en su diario contra esa moda y se disponía a escribirle a Maupassant: "Lo leo a usted casi con felicidad". Otra mujer, la más autoritaria que podemos imagi-

(*) Conferencia pronunciada en "Amigos del Arte" de Buenos Aires, el 7 de julio.

nar, y poco preocupada por cuestiones de elegancia, ocupaba el trono de Inglaterra. Había tenido continuas peloterías con su ministro Gladstone y sólo coincidía con él en un punto: la necesidad de acabar con las maniobras de las feministas que empezaban a surgir (Mrs. Pankhurst, destinada a ser leader de este movimiento, nació en 1858). Su Majestad creía que esas cabezas duras eran una vergüenza para la nación y merecían castigo ejemplar. "A good whipping" (una buena zurra). Confesaba, en una carta privada, que este tema la encolerizaba de tal modo que no podía contenerse. Sin embargo, si se hubiera aplicado a Su Majestad lo que Su Majestad consideraba justo que se aplicara a todas las otras mujeres, la ley sálica, ¡qué indignación, qué rabia la habrían sofocado! Creo que esta gran orgullosa, tan celosa de su poder, no hubiera sobrevivido a semejante afrenta, a pesar de su formidable salud.

Era la época de los "homes" con muebles "capitonnés" en que revoloteaban niños por docenas. Julia Prinsep Duckworth, viuda de belleza deslumbrante, tenía ya tres cuando se casó con Sir Leslie Stephen en 1878. Cuatro hijos nacerían de esta nueva unión, y entre estos cuatro hijos el tercero, o más bien la tercera, llevaría el nombre de Virginia. Este nacimiento se produjo en el curso del trigésimo quinto año del reinado de Victoria (que debía durar diecinueve años más), es decir en 1882, en Londres, en Hyde Park Gate South, número 3. Con ese motivo, James Russell Lowell, embajador de Estados Unidos en Inglaterra, escri-

bió a sus queridos amigos los Stephens haciendo votos para que su futura ahijada fuese “una muestra de herencia”. Deseaba para Virginia la belleza de su madre y la inteligencia de su padre. El segundo de estos dos deseos era muy imprudente para la era victoriana. Pero no olvidemos que James Russell Lowell venía de América, que la guerra de Secesión debía estar muy fresca en su memoria y que él no podía no ser abolicionista.

Sir Leslie Stephen, crítico literario muy distinguido, era un hombre de ingenio y un librepensador (y con eso no quiero decir que todos los librepensadores sean hombres de ingenio). Una hija de Thackeray fué su primera mujer. Hombres como Meredith, sus amigos. Por otra parte, los Darwin, los Maitland, los Symonds, los Strachey estaban ligados a la familia de Virginia. Vanessa, su hermana, pintora, se casó con Clive Bell, el crítico de arte. En este sentido, el caso de Virginia es semejante al de los Huxley, Aldous y Julian. Estamos en presencia de auténticos herederos del talento, de la inteligencia y de la cultura inglesa.

Una de las personas que frecuentaban la casa de los Stephens nos habla de dos niñas vestidas de negro, con cuello y puños blancos. Dos niñas silenciosas y lindas que “parecían salidas de una tela de Watts o de Burne-Jones”. Dos niñas que habían recibido su educación en casa (¡pero qué casa la de los Stephens!), y una de las cuales, Virginia, estudiaba griego.

Después de la muerte de sus padres, hacia 1903, las dos hermanas, Vanessa y Virginia, se fueron a vivir a una casita en Blo-

omsbury. Esta casa fué el centro del “grupo de Bloomsbury” que llegó a la fama internacional gracias a miembros como Clive Bell, Lytton Strachey, John Maynard, E. M. Forster, Leonard Woolf y, “last but non least”, Virginia que es su estrella. En 1912 se casaba con Leonard Woolf, con quien empezó a imprimir y editar una serie de libros de tiraje reducido, incluyendo los propios. Así nació *The Hogarth Press*, cuyas ediciones se venden hoy en todas partes.

Virginia colaboró, como crítica, en el *Times Literary Supplement* y en 1915 publicó *The Voyage out*, su primera novela. A propósito de este libro, E. M. Forster escribió que lo encontraba extraño y trágico y que transcurría en una “América del Sur que no se podría encontrar en ningún mapa y adonde se llega en un barco que no podría flotar en ningún mar”. Yo creo que la América del Sur de Virginia Woolf no ha variado mucho desde entonces; luego veremos por qué. En esa novela, la futura autora de *Orlando* es ya ella misma, en el sentido de que está allí su calidad de escritora de calidad. Pero su técnica sigue siendo la de los novelistas clásicos, como ha observado Maurois. Luego vinieron *Nigth and day*, *Monday or Tuesday* y *Jacob's room*. Virginia Woolf está por entrar en plena posesión de sus medios. Lucha con la materia novelesca y le asaltan escrúpulos y rebeliones. Descubre que si el escritor se liberara de ciertas convenciones que, más que acercarlo a la vida lo alejan de ella, no habría “quizás un solo botón cosido como en las novelas realistas”. Porque, prosigue, “la vi-

da no es una serie de lámparas dispuestas sistemáticamente; la vida es un halo luminoso, una envoltura semitransparente que nos envuelve desde el nacimiento de nuestra conciencia". Se pregunta entonces si la tarea del novelista no es captar ese espíritu cambiante, desconocido, mal delimitado, las aberraciones o las complejidades que puede representar, con tan poca mezcla de hechos exteriores como sea posible. Se pregunta si el valor y la sinceridad no la obligan a tratar de probar que "la verdadera materia de la novela es algo distinta de la que la convención nos ha acostumbrado a considerar". La respuesta que Virginia aporta en 1925 a todos estos problemas que se plantea, — a su creencia de que el espíritu humano no es sino el curso continuo de las imágenes y de los recuerdos y que hay que expresar el sutil deslizarse de esas imágenes, de esos recuerdos cambiantes y multicolores para ser fiel a la realidad más esencial — es *Mrs. Dalloway*.

Esta novela es el relato de un día de Clarisa Dalloway, en Londres. Un solo día de su vida, pero que parece contener su vida entera, aunque los acontecimientos que se desarrollan en ese día no sean extraordinarios. Ni más ni menos extraordinarios que lo que puede pensar, Dios sabe por qué, de simple y de misterioso, una mujer de cincuenta y dos años, todavía bella, que se siente muy joven y muy vieja a la vez, vieja de todo un pasado, mientras mira los ómnibus de Piccadilly; mientras compra un ramo de lilas; mientras oye sonar a Big Ben; mientras se pone los aros y un

vestido verde-plata; mientras pasa ante los escaparates y ve un salmón sobre un trozo de hielo, o una pieza de "tweed". La historia del día del baile de Clarissa Dalloway, mujer de mundo, es la historia del pasado contenido en el presente hasta desbordarlo; es la historia de su turbadora simultaneidad. Es también la historia de los lazos invisibles que ligan a los seres humanos unos a otros.

Durante su famoso baile, una amiga de Clarissa Dalloway se acerca a ella y le dice: "Me recuerda usted tanto a su madre cuando la vi por primera vez, con un sombrero gris, caminando por el jardín". Al oír estas palabras los ojos de Clarissa se llenan de lágrimas. El pasado acaba de entrar para ella en el presente, pero de un modo mucho más punzante que cuando no era sino presente. Clarissa ha vuelto a ver, de pronto, a su madre, y su madre le ha sido devuelta por dos detalles: el sombrero gris y el acto de caminar por un jardín (detalles que en la época en que fueron vividos no tuvieron ninguna significación). Son estos dos detalles, el sombrero gris y el hecho de caminar por un jardín, los que crean hoy toda la poderosa actualidad del recuerdo. Si la amiga de Clarissa Dalloway se hubiese limitado a decir: "Me recuerda usted tanto a su madre", seguramente no le hubiera tocado a Clarissa tan en lo vivo y habría sonreído sin lágrimas.

Virginia Woolf sabe que la marea de la emoción y de la angustia no subirá en el corazón de Clarissa por algo importante y abstracto, por decir así (su parecido con la madre), sino por algo

insignificante y concreto (el sombrero gris que llevaba, su paseo en un jardín). La obra de Virginia Woolf, y cada vez más a medida que pasan los años, acentúa la belleza de cosas tan sencillas en apariencia, tan misteriosas y complejas en su mecanismo profundo. Y el modo que ella tiene de acentuarlas le es peculiar, como le era a Proust peculiar el suyo. Estos dos novelistas han sentido y descrito, a unos pocos años de distancia, una angustia y un éxtasis que nuestra época estaba destinada a expresar: la del “temps retrouvé”. Pero esta angustia y este éxtasis los sintieron a través de dos temperamentos esencialmente distintos.

En su biografía de *Flush*, el perro de Elizabeth Browning, Virginia Woolf nos cuenta, con dulzura burlona, la sorpresa de este animal cuando ve correr las lágrimas de los ojos de su dueña sin motivo aparente. Sin motivo puesto que en el cuarto que abrigaba su tête à tête “he could smell nothing, he could hear nothing”. Para Flush esta emoción repentina era inexplicable, pues no había olor ni sonido que pudiesen justificarla. No llegaré al extremo de decir que, en el lugar de Flush, Proust se hubiera sentido también perplejo. Digo que Proust era, a su modo, Flush. Los olores y los sonidos le llegaban como puñaladas al corazón; las puñaladas del “temps retrouvé”. Sus emociones se encendían y se propagaban por el oído, por el olfato (tan cercano al gusto) con particular intensidad, y estos sentidos eran para él fuente de evocaciones.

Virginia Woolf ha nacido bajo otro signo. El lugar que en

ella ocupa el mundo de los olores y de los sonidos es muy limitado. Son sus ojos quienes la ponen en comunicación con lo que la rodea y con lo que la habita. Sus ojos cuando están abiertos. Sus ojos cuando están cerrados.

El plano en que se mueven estos dos novelistas nunca es, por consiguiente, el mismo. Parecería que uno no conservara el contacto con lo sensorial sino a través del sentido más próximo al alma; que el otro no entrara en contacto con lo espiritual sino a través de los sentidos más próximos al cuerpo. Los caminos de comunicación que abren hacia lo intangible tienen puntos de arranque y curvas diferentes. Pero el tiempo, ese tiempo en que los hombres ocupan “un lugar inconmensurablemente prolongado, puesto que tocan a la vez épocas vividas por ellos, tan distantes, entre las cuales tantos días han venido a colocarse”, el tiempo es el principal personaje puesto en escena por uno y por otro.

Esta preocupación del tiempo llega a tomar cuerpo, a materializarse en *Orlando*, novela de que quiero hablar a ustedes más en particular.

En este libro hay no sólo la entrada fulgurante del pasado en el presente, sino la previsión de un destino. La previsión de un destino que parece cosa excepcional sólo porque escuchamos distraídamente el ritmo de nuestra propia vida.

El primitivo y el niño, el místico y el poeta llegan a vivir en un presente eterno, fuera del espacio y del tiempo, asegura Ro-

lland de Renéville. “Si los marcos del espacio y del tiempo”, escribe, “todavía frágiles en el primitivo y en el niño, preservan mal su conciencia del sentido de la eternidad de que son presa en todo momento, las barreras que el místico y el poeta van minando pacientemente con las técnicas del éxtasis y de la inspiración están, asimismo, en vías de prestarse a la tremenda irrupción de un presente absoluto”.

El lirismo de Virginia Woolf es tan grande como su humorismo, y por él entra Virginia en el reino de la poesía. Este lirismo, allí donde estalla, abre brechas en las barreras; brechas en que se enciende y se apaga “el oculto sentido casi expresado” de las cosas. Ese oculto sentido casi expresado que la atormenta y que se escabulle, según ella, en el instante en que intenta echarle la red de las palabras.

Cuando nos habla de las cosas más humildes, más triviales de la vida cotidiana, subraya en ellas de pronto, de manera inesperada, por un pequeñísimo detalle chispeante, la presencia de ese oculto sentido casi expresado que la obsesiona. ¿Con qué fabrica ese detalle?

Leyendo sus libros, me he repetido a menudo los versos de Valéry:

*Que pur travail de fins éclairs consume
Maint diamant d'imperceptible écume.*

Pues los libros de Virginia Woolf nos llegan adornados de diamantes como una mujer para un baile. Pero cuando queremos, por

curiosidad admirativa, tocar esas joyas, nuestras manos se detienen por sí mismas. Descubrimos que esta mujer engalanada no es simplemente millonaria sino algo mejor y de otro linaje: maga. Descubrimos que en lugar de transformar una calabaza en una carroza — como el hada de la Cenicienta —, ha hecho surgir las joyas que nos encantan de unas gotas de agua de mar. Menos aún: de un poco de espuma, de imperceptible espuma.

¿Recuerdan ustedes la historia, contada por Wilde, de un escultor que no podía pensar sino en bronce? Virginia Woolf, ella, no puede esculpir sino en “fins éclairs”, y en ella “le temps scintille et le songe est savoir”. La materia misma de que sus novelas están hechas es de manejo difícil y delicado como los vidrios irisados descubiertos en las excavaciones. Hay que tener cuidado de que ese polvo de arco iris no se nos muera entre los dedos.

En *Orlando*, Virginia Woolf pasa de la novela al poema, de la realidad a la ficción, del humorismo al lirismo, de la ironía al éxtasis, de un siglo a otro como si fuera el juego más fácil del mundo.

¿Qué es *Orlando*? Tantas cosas a la vez como la literatura inglesa; la nobleza inglesa a través de las generaciones; las luchas e incertidumbres de ambos sexos; un mismo espíritu recorriendo diferentes siglos; la persistencia de un carácter y de una fisonomía que viajan por el tiempo en el seno de una familia de aristócratas.

Orlando es una novela de clave; es decir, una novela en que ciertos personajes, ciertos escenarios, ciertas intrigas han sido más

o menos inspiradas en modelos naturales. Las alusiones abundan, pero las comillas están ausentes. La autora de *Orlando* parece decir a cada paso: "A buen entendedor, pocas palabras". Si no pescamos al vuelo que acaba de citarnos a un gran poeta, tanto peor para nosotros, ignorantes.

La residencia de Orlando, inmensa, con su parque, sus muros, sus tapices, es el castillo de Knole, que existe aún en nuestros días y pertenece aún a los Sackville. La reina Isabel se lo regaló a su Lord-tesorero, Thomas Sackville. Los reyes de Inglaterra, desde entonces, se alojaron de vez en cuando en él. Victoria Sackville West, escritora contemporánea y descendiente de Thomas Sackville, inspiró, según se dice, esta novela a su amiga Virginia. La semejanza que existe entre Victoria Sackville West y uno de los retratos de familia que adornan el castillo de Knole es, al parecer, impresionante. Este retrato nos muestra a un adolescente vestido a la moda del siglo XVI. Orlando se nos presenta bajo los rasgos de este joven caballero al comienzo de la novela, en plena época isabelina. La vida de Orlando y su juventud van a continuar durante siglos. Un buen día se metamorfoseará en mujer. Y cuando ya contemporánea nuestra vuelve en auto a Knole, después de haber recibido un premio por su poema *El roble*, reconocemos a Victoria Sackville West, que en realidad ha recibido un premio por su poema *La tierra*.

Orlando representa, pues, algo así como la persistencia de una personalidad a través de los siglos y los sexos. Orlando es hombre en la primera mitad de la novela, y mujer en la segunda.

Desde las primeras páginas del libro nos enteramos de que pertenecía a una de esas familias que, no sé por qué milagro, parecen haber sido siempre nobles: “Habían salido de las brumas nórdicas con coronas en sus cabezas”, nos dice Virginia Woolf.

La belleza de Orlando es lo primero de que se nos habla. Desgraciadamente, nos dice su biógrafa con su acostumbrada ironía, además de su nariz perfecta, de sus mejillas apetitosas como un durazno, de su boca exquisita y de sus piernas que turbarán a la misma reina Isabel, Orlando tenía también ojos por donde entraban espectáculos perturbadores: los espectáculos que le ofrecía la vida. Y, como si eso no fuera bastante, un cerebro muy amplio en que esos espectáculos hacían estragos. Así era: Orlando tenía un cerebro bajo su frente serena y lisa. Por eso, sin duda, se entregaba a tarea tan indigna de un adolescente de immaculado linaje: escribir.

Este vicio es una de las principales características de nuestro héroe, y cuando Virginia empieza a describirlo, lo vemos, a fines del siglo XVI, sentado ante una mesa y escribiendo una tragedia en cinco actos. Y veamos cómo su biógrafa nos habla de sus perplejidades de escritor: “Sin embargo, al fin Orlando hizo alto. Describía, como todos los poetas jóvenes siempre describen, la naturaleza, y para determinar un matiz preciso de verde, miró — demostrando en esto más audacia que muchos — la cosa misma que era un arbusto de laurel bajo la ventana. Después, naturalmente, dejó de escribir. Una cosa es el verde en la naturaleza y

otra en la literatura. La naturaleza y las letras parecen tenerse una natural antipatía; basta juntarlas para que se hagan pedazos. El matiz de verde que ahora veía Orlando estropeó su rima y rompió su metro. Además la naturaleza tiene sus mañas. Basta mirar por la ventana abejas entre flores, un perro que bosteza, el sol que declina, basta pensar “Cuántos soles veré declinar”, etc., etc. y uno suelta la pluma, toma la capa, sale fuera de la pieza, y se agarra el pie en un arcón pintado. Porque Orlando era un poco torpe”.

Este pasaje, cuyo encanto es extremadamente virginiano, nos aclara la psicología de nuestro héroe y de su biógrafa (pues todos sabemos qué difícil es separar el héroe de una biografía, de su biógrafo y distinguir lo que pertenece en rigor a uno de lo que pertenece al otro).

Al dar yo con estas páginas, en mi primer encuentro con la novela, me dije que había llegado ya el momento en que los lectores iban a dividirse en dos bandos: los que sentirían el *coup de foudre*, y los que no sentirían absolutamente nada. Los que en un arranque a lo Narciso (y son los arranques más agudos) exclamarían:

O semblable et pourtant plus parfait que moi-même!

y los que pasarían de largo, sin darse cuenta de que Orlando había mostrado ya su cédula de identidad.

Sí. Orlando pertenecía a la raza de los que no pueden verdaderamente, seriamente, leer un libro en un jardín o a orillas

del mar, porque los árboles, el cielo y las olas los invaden por completo apenas se ponen a su alcance. De otro modo, ante el espectáculo de un laurel verde, la pluma no se le hubiera caído de la mano. De otro modo, no conocería el efecto que pueden producir de pronto, a través de la ventana, el abrirse de una flor, el volar de una abeja, el bostezo de un perro, el sol que se pone; la vida, en fin, sea de una planta, de un animal o de un astro. El niño en clase experimenta sensaciones análogas. Basta una ventana abierta sobre un árbol, sobre nubes que pasan, sobre una maraña de ruidos, sobre un olor de frutas maduras, sobre una araña que teje su tela, para que, irresistiblemente arrastrado por un torbellino que lo arranca de su asiento, de su pupitre, de su cuaderno, salga volando por esa ventana. Lo que queda de él en el cuarto de estudio no es más que una sombra.

Así, como un niño, Orlando se escapaba de sus escritos y de sus libros, sorbido por la vida múltiple y rumorosa. Lo que no impedía que fuera un apasionado del escribir y del leer; tan apasionado como del vivir. Y como la vida sin más difiere de la vida en literatura así como el verde en la naturaleza difiere del verde en un poema, la existencia de Orlando oscila perpetuamente entre estos dos polos, desde el final del siglo XVI hasta nuestros días; desde el instante en que ofrece un bol de agua de rosas a la reina Isabel que ha llegado a su castillo en carroza, hasta aquel en que conduciendo a toda velocidad su auto, Orlando-mujer vuelve al mismo castillo y pide a James, el portero, que baje los paquetes

que trae de Londres (jabones de lo de Atkinson o zapatos de lo de Fortnum and Mason quizás).

La reina Isabel — pues quiero seguir hablándoles a ustedes de nuestro héroe en esa época — se mostró muy sensible a los encantos de Orlando, y siempre ha sido peligroso gustar demasiado a una reina. Esta acaba por descubrir que su Tesorero e Intendente Mayor tiene “gustos amplios”. Que si las damas de la corte le agradan, no le desagradan las criadas. Pero esto no era lo grave. Lo grave era que Orlando mostraba una marcada preferencia por las bajas compañías.

¿Qué era la baja compañía para un gentilhomme en la época de la Reina Virgen? Naturalmente la “de los literatos a quienes el talento mantiene tan a menudo en una condición inferior”, dice la biógrafa de Orlando. Y hasta se sospecha que el desdichado muchacho tuviera una simpatía natural por esa gentuza, a la que debía tratar con altivez y desdén.

En realidad, aunque Orlando había tenido entre sus brazos mujeres de toda clase — como lo adivinaba con despecho la Reina, deseosa de retenerlo en los suyos —, Orlando no conocía aún el amor.

El amor único con mayúscula vino a él bajo la apariencia de una princesa rusa, Maroussia Stanilovska Dagmar Natacha Ileana Ramanovich, que el enamorado llamaba Sacha para abreviar. Orlando se entregaba con ella a las delicias del patinar y de la

pasión compartida (creía él). Era la época de la gran helada que se recuerda como el invierno más crudo sufrido por las Islas Británicas. La corte residía en Greenwich y era un rey el que reinaba. Orlando no pensaba más que en su moscovita. Pero en el momento en que había decidido huir con ella, la ingrata lo traicionó.

Orlando, en el colmo del dolor y de la ira, “aulló contra ella todos los insultos que se han prodigado siempre a este sexo”, nos dice su biógrafa sin más comentario.

Después de este desastre Orlando cae enfermo y los médicos le prescriben las cosas contradictorias que todos conocemos: unos descanso; otros, ejercicio; unos, ayuno; otros, sobrealimentación; unos, calmantes; otros, excitantes. Orlando se prescribe a sí mismo la soledad en su amplio castillo. Pero, como era de esperar, en esta soledad vuelve a apoderarse de él, en forma tremebunda, la afición por los libros.

Que el mal de la literatura atacase a un gentilhombre era algo muy fuera de lo corriente, asegura la biógrafa de Orlando. La mayoría escapaban a esa infección y podían así andar a caballo, beber, hacer el amor sin perder el tiempo en menesteres inferiores.

Una maldición pesaba sin duda sobre nuestro héroe. La fortuna le había concedido todo: castillo, servidores, parques, arcos, caballos, vajilla, muebles, ropa, etc. Y sin embargo se volvía

insensible al sabor de estos bienes apenas abría un libro. Así era, nos asegura Virginia Woolf: “Orlando, al leer, se quedaba solo, desnudo”.

Nunca como en las páginas que preceden y siguen a esta afirmación se ha expresado de manera más sutil, más irónica, más lírica lo que el gusto, la pasión de la lectura pueden significar en un ser. El descubrimiento de un espíritu a través de un libro se vuelve un acontecimiento de tal magnitud en este ser, que lo deja como anonadado de felicidad durante días enteros, ciego y sordo a todo lo demás.

Pero la peste de la lectura trajo consigo consecuencias aun más funestas para el desdichado Orlando. Se apoderó de él el frenesí de escribir. Hubiera dado toda su fortuna por un verso perfecto. Esta obsesión no le daba tregua. Los manuscritos se amontonaban en su mesa. Hasta había hecho imprimir uno de sus dramas; pero sólo para verlo en letras de molde, pues “escribir, y más aún publicar, era para un gentilhombre, bien lo sabía él, una falta inexpiable”.

En la época de que hablamos apenas se había secado la tinta de los sonetos de Shakespeare. Las cosas parecen haber cambiado mucho desde entonces y nos hace sonreír el relato de estas costumbres de trogloditas. Conviene advertir que si han cambiado para los hombres, apenas empiezan a cambiar para las mujeres. Todas las que han escrito han hecho, de uno o de otro modo, el gesto de Jane Austen ocultando su manuscrito bajo un secante

cuando los visitantes o los criados entraban en su cuarto. Todas las que me han hecho confidencias a este respecto, tanto la Princesa de Brancovan, después Condesa de Noailles, como Virginia Stephen, después Virginia Woolf, han tenido terribles y absurdas dificultades que vencer, desgarramientos que soportar. El comienzo de nuestro siglo XX habrá sido testigo de estas dificultades y estos desgarramientos, de los que no tendrá que enorgullecerse, espero, dentro de poco tiempo.

A pesar de que Orlando mismo, aprisionado en la atmósfera de su época, todavía piensa entonces que un poeta no es el igual de un gentilhombre, el prestigio que para él tiene el autor de un libro impreso eclipsa a todos los otros, incluso los de la raza y de la sangre. Por eso siente la necesidad imperiosa de invitar a su casa, donde no había recibido hasta entonces sino a reyes, reinas, embajadores, jueces cubiertos de armiño, guerreros revestidos de sus armaduras y grandes damas adornadas de alhajas a Mr. Nicolas Greene, poeta.

Mientras cenaban, sentados frente a frente, Orlando sintió por primera vez, nos dice su biógrafa, “una vergüenza inexplicable por el número de sus criados y la magnificencia de su mesa”. En cambio recordó con orgullo que una de sus abuelas había ordeñado vacas — recuerdo que hasta ese momento le había resultado desagradable.

Por su parte, y en contraposición flagrante, el poeta empezó

a contar que los Greene habían venido a Inglaterra con Guillermo el Conquistador. Que provenían de una de las más nobles familias francesas, pero que habían tenido la desgracia de declinar en el mundo. Sin dejarle a Orlando ocasión para intercalar una palabra, se lanzó a un monólogo lleno de pasión y de amargura en que se trataba de un drama escrito por él, Greene, de la dificultad de vender la poesía y del lamentable estado de su salud. Insistió sobre todo esto y refirió a Orlando, con lujo de detalles, lo que había padecido al ser sucesivamente atacado de parálisis, gota, fiebre de Malta, hidropesía, etc. El poeta tenía, según parece, el corazón hipertrofiado, el bazo enfermo y el hígado demasiado grande. Una de las vértebras de su espina dorsal le ardía, mientras otra estaba fría como un témpano.

Yo creo que los escritores — y que ellos me perdonen — apenas han cambiado, en general, bajo este aspecto. No he conocido ninguno que no se quejara obstinadamente de tener una o varias vértebras ardientes y las otras heladas. Escribir debe ser probablemente muy malo para la salud.

Además, Nicolás Greene declaró a Orlando que el arte de la poesía había muerto en Inglaterra. Y no olvidemos qué nombres resonaban entonces en ese país: Shakespeare, Marlowe, Ben Jonson.

Por otra parte, le hizo entender, con mil anécdotas, que los escritores, esos dioses que Orlando reverenciaba en el fondo de su corazón, eran unos borrachos y unos calaveras. Y aunque Nicolás Greene permaneció bastante tiempo en el castillo de Orlando

éste no llegó nunca a poder mostrarle, como lo ansiaba, sus propios escritos. Pero tuvo, en cambio, la alegría de poder hablar de otras cosas que de la apoplejía del rey de España o de una perra con cría, únicos temas de conversación de los nobles Lords. Pero, ay, esta alegría le costó caro. Nicolas Greene, después de abandonar el castillo, escribió sobre la vida de un gentilhombre en el campo un panfleto de los más satíricos y crueles. Orlando tiró el panfleto a la basura, declaró que había acabado para siempre con los hombres — él, que ya había declarado lo mismo de las mujeres. Pero, debilidad suprema, siguió pagando cada trimestre una pensión al poeta felón Greene.

La mujer y la literatura, una tras otra, habían decepcionado profundamente a Orlando. A tal punto que hechó al fuego sus obras completas, excepto su poema *El roble*.

Continuó viviendo en su hermoso castillo, y, a pesar de todo, la preocupación de la literatura no lo abandonaba. A veces añadía dos o tres líneas a su poema. La belleza de su casa le hacía soñar. Los años y aun los siglos pesaban sobre él sin hacerle mella. Un buen día fué nombrado embajador en Turquía. Hacia la misma época recibió el título de duque, y después de un sueño letárgico — como ya los había tenido — despertó mujer. Este inesperado despertar, este magno acontecimiento cambió su porvenir, pero no su personalidad.

Orlando se encuentra, como es fácil figurarse, en una situación

delicada hasta no poder más. Vestida a la turca, con anchas bombachas que le sentaban maravillosamente, huye de Constantinopla haciendo desaparecer consigo al embajador de Gran Bretaña en la Corte del Sultán.

Sólo cuando se compra vestidos femeninos y una falda envuelve sus piernas, en el puente del barco que la lleva a Inglaterra, es cuando Orlando adquiere conciencia de su metamorfosis y siente un sobresalto. La idea de que su pureza podrá correr riesgo no se le ocurre sin embargo, nos dice su biógrafa. Pero explica de inmediato el porqué. “Cuando se ha sido hombre durante treinta años (y los treinta años de Orlando son mucho más largos que los de cualquier otro) y por añadidura embajador; cuando se ha tenido en los brazos a una reina y, si hay que creer en la tradición, otras dos o tres damas de rango menos elevado, etc. no se sobresalta uno por tan poca cosa”.

Orlando empieza a descubrir que hacerse perseguido es tan embriagador como perseguir, según tenía por costumbre. El capitán del barco en que ella navega se disgusta cuando ella rehusa un trozo de carne ahumada. ¡Qué delicioso es rehusar, piensa Orlando! Comienza a aprender que es necesario resistir para ceder mejor. Comienza a sentir deseos de arrojarse al mar por el placer y la diversión de que la salven. Pero de pronto recuerda lo que pensaba de las mujeres cuando era hombre y lo que exigía de ellas: las mujeres, para Orlando varón, eran obedientes, castas, perfumadas, revestidas de adornos deliciosos. Y he aquí que Or-

lando hembra se daba cuenta de que las mujeres no son naturalmente ni obedientes, ni castas, ni perfumadas, ni revestidas de adornos, y que sólo llegan a serlo sometiéndose a la más molesta disciplina.

Reflexionando acerca de todo esto, en el puente del barco, Orlando hizo un movimiento brusco que descubrió sus tobillos. En ese momento un marinero que miraba por casualidad hacia ese lado sintió tal conmoción que estuvo a punto de caerse del mástil a donde se había trepado. Orlando comprendió de pronto lo que los hombres entienden por las responsabilidades sagradas de la mujer. “Es necesario que los encantos de una mujer permanezcan ocultos, por temor de que un marinero se vaya del mástil al suelo”, pensó con mezcla de risa y rabia.

La meditación de Orlando no era precisamente alegre en esta crisis. Veía cada vez más claro que al cambiar de sexo había perdido el derecho de partirle la cabeza a un hombre si esa cabeza no le resultaba, de sesionar en medio de sus iguales, de condenar a un hombre a muerte, de mandar a un ejército, de llevar al pecho setenta y dos medallas distintas, etc. y que el único derecho que le había quedado, o poco menos, era el de servir el té a esos señores preguntándoles si les gustaba claro o cargado.

Quiero hacer otra vez un paréntesis para dejar establecido que esta caricatura no es exagerada como parece. Orlando siente gran desprecio hacia el sexo fuerte porque ve de manera patente el

símbolo de ese sexo en el marinero que pierde el equilibrio por un tobillo, en el capitán que se disgusta por un trozo de carne no aceptada. Orlando ve a los hombres rehusando a las mujeres la más mínima instrucción por miedo de que un día se rían de ellos y los ve, al propio tiempo, entregados, sometidos a los caprichos de las más desfachatadas, de las más tontas por el hecho de llevar ellas faldas. Hay realmente motivo para sentir rebeldía ante estos reyes de la creación. Pero lo que más la ahoga de ira es que percibe por qué mecanismo ellos han transformado a las mujeres en títeres. Aquí su indignación abarca los dos campos. Y a los que se han prestado a esta transformación, a los títeres, les toca oír, a su vez, unas cuantas verdades.

Pero a medida que las costas gredosas de Inglaterra se vuelven visibles, lo que también se vuelve visible es que Orlando no ha cambiado de tendencias al cambiar de sexo. Como si estas tres palabras fuesen un "sésamo, ábrete" repite tres nombres: Addison, Dryden, Pope. Y pronunciando estos tres nombres es como vuelve a su tierra natal y entra en su destino de mujer.

De regreso, después de muchas contrariedades, al castillo de sus antepasados, Orlando se pone una vez más a trabajar en su eterno poema *El roble*. Su biógrafa admite que se volvió un poco más pagada de su físico, como las mujeres, y, como las mujeres, un poco menos pagada de su cerebro. Pero, a pesar de todo, la mezcla del elemento hombre y del elemento mujer subsistía en ella. Sorprendía ver que no tardaba diez minutos en vestirse, que

sabía tanto como un granjero acerca de los trabajos del campo. Cosas propias de un hombre. Al lado de eso, sostenía absurdos; por ejemplo, que ir hacia el sur es bajar. Cosa propia de una mujer.

Un día, Orlando advirtió que acababa de escribir un verso que no tenía relación alguna con lo que le precedía: *La vida y un amante*. Quizá fuera un resumen de lo que deseaba ella y su siglo. Este verso la llevó a Londres, donde tenía una vasta residencia en Blackfriars. Pero la sociedad londinense no tardó en hastiarla. Orlando, indiferente a los encantos de los nobles Lords, de los estadistas, de los militares, era toda llama frente a los literatos. No creyendo en las divinidades ordinarias, nos asegura su biógrafa, había transferido a esos hombres su parte de credulidad. Impulsada por esa pasión siempre ardiente, a pesar del agrio recuerdo de Nicolás Greene, después de encontrarse con Pope lo invita, temblando de emoción, a que la acompañe a su casa. Las páginas en que se nos narra ese trayecto en coche son de las más encantadoras y espirituales que la biógrafa de Orlando haya escrito nunca. Porque Pope decepciona terriblemente a Orlando, a la vez que la encanta, también.

Es que Orlando, como todos los obsesionados por el culto de los grandes escritores, como todos los que han transferido a estos dioses su parte de credulidad, tiene todavía que aprender una dura lección. Y es que los artistas ponen su perfección en sus obras y no en su vida, fuera de sí mismos y no en sí mismos. Orlando,

mientras sirve el té a Mr. Pope, acaba ciertamente por comprenderlo. Acaba por decirse para sus adentros, con la pinza del azúcar entre los dedos, que allí donde el ingenio está más desarrollado, el corazón, los sentidos, la grandeza de alma, la caridad, la benevolencia, etc. ya no tienen a veces sitio. Y que si es halagador frecuentar los grandes genios, no siempre es cómodo vivir a su lado.

Pero cuando se tiene el temperamento de Orlando, no es precisamente la comodidad lo que se prefiere. A pesar de sus múltiples inconvenientes, los genios son genios. En los momentos de mal humor quisiera uno abandonarlos. Se piensa que los santos deben existir en alguna parte y que, en el fondo es a los santos a quienes se busca — es decir, a esos seres que sólo al perseguir la perfección dentro de sí mismos pueden crearla fuera de sí mismos. Pero no se tropieza con los santos antes de haber rondado un poco por las afueras de la santidad. Y Orlando no lo había hecho aún; era una mujer muy imperfecta.

El comienzo del siglo XIX llega con un cambio de clima, tanto en sentido propio como en figurado. Orlando es por cierto muy sensible a él. En medio de un redoblamiento de humedad que hacía tupirse la hiedra hasta ahogar las casas; en medio de una multiplicación de los nacimientos que impedía a las mujeres hacer otra cosa que traer hijos al mundo con la mayor celeridad posible, el Imperio Británico tomó cuerpo. Las frases también

se hincharon bajo la pluma de los escritores como los miriñaques alrededor del busto de las mujeres, y los adjetivos se multiplicaron como los objetos en los cuartos. ¡El siglo era presa de agorafobia! Horror al vacío, horror al desnudo. Orlando, para tranquilizarse, desenrolla el manuscrito de su poema *El roble*, empezado en 1586.

Evidentemente, era Victoria y no Isabel la que ocupaba el trono. Pero qué diferencia podía haber en eso para Orlando. ¿Qué diferencia? La desdichada no tardó en descubrirla.

En primer lugar, siente una necesidad urgente de escribir, algo así como una necesidad física, y lo hace con gran facilidad. Pero lo que escribe es tan insípido que experimenta un alivio cuando por descuido vuelca el tintero sobre la página escrita. Luego empieza a sentir extrañas comezones en el anular. En este dedo llevaba siempre la esmeralda que le había dado la reina Isabel. La comezón parecía exigir la presencia de otro anillo, quizás una alianza de oro como las que pululaban en el reino. Sí, eso debía ser. Una alianza. Lord Melbourne o la reina Victoria habían lanzado esa moda. La reina seguramente. Así como Orlando había pensado en otro tiempo: “La vida, y un amante”, ahora exclamaba: “La vida, y un marido”.

El espíritu del siglo es implacable. Orlando, que tantas veces se había doblegado bajo él sin romperse, se plegó una vez más. No obstante, cosa nueva, el espíritu del siglo XIX, (del estúpido

siglo XIX) le repelía profundamente, mientras que los otros siglos, XVI, XVII y XVIII no le habían producido ese efecto.

En medio de una gran confusión interior, se fué a vagar por su parque. Ella, que nunca había estado nerviosa, estaba nerviosa. Ella, que nunca había tenido miedo, tenía miedo. Ella, que nunca había sentido la necesidad de un apoyo, quería apoyarse en algo. Pero, observa la biógrafa de Orlando para tranquilidad del lector, no era ella, era el siglo. Finalmente nuestra heroína se extiende en el césped y se queda dormida. Cuando salió de aquel sueño vió allí un hombre a caballo que le preguntó si estaba herida. A lo que contestó: "Estoy muerta, señor".

Unos minutos después eran novios. Se comprendían tan bien que Orlando tuvo la sospecha de que su novio era mujer, en tanto que él, el señor Marmaduke Bonthrop Shelmerdine. Shel para abreviar, sospechó que Orlando era un hombre. "Cada uno de ellos estaba sorprendido por la inmediata simpatía del otro. Era una revelación tal que una mujer pudiese aparecer como la igual de un hombre por la tolerancia y la libertad de lenguaje, y un hombre el igual de una mujer por la singularidad y la sutileza", que esta serie de felices coincidencias los trastornaban.

Se casaron.

Pero Shel tenía una idea fija: doblar el Cabo de Hornos en plena tormenta. Y partió para el Cabo de Hornos. Orlando, por su parte, tenía otra idea fija: escribir versos. Y los escribió. ¿Se podía estar bien casados en estas condiciones? Era lo que Orlando

se preguntaba. Evidentemente todo eso olía a contrabando. Porque es contrabandista todo aquel que, perteneciendo a su siglo, no deja, sin embargo, de pertenecerse a sí mismo.

Hacia esa época — y Orlando tomaba ahora el tren en Charing Cross para ir a su castillo — volvió a encontrarse con Nicolas Greene, cambiado en apariencia, pero en el fondo inalterable. Después de 300 años, se interesó en el poema de Orlando y sostuvo que había que publicarlo sin demora. Orlando telegrafió inmediatamente esta noticia y sus impresiones a su marido, pero en lenguaje cifrado. Luego, compró unas revistas para enterarse de las críticas de Greene. Los ojos se le llenaron de lágrimas al leerlas, ¡eran tan despreciativas! Estas lágrimas velaron su mirada y deformaron los objetos que tenía delante, al punto de hacerle tomar el lago del Serpentine, que estaba mirando en ese momento, por el Atlántico, y un barquito de juguete que navegaba en sus aguas por un gran barco: el de Shel, en el Cabo de Hornos. Creyó por un momento que se iba a pique, pero lo volvió a ver sano y salvo en medio de un Atlántico acribillado de patos.

En ese momento Orlando comprende que lo que importa en el mundo no son los artículos de Greene, ni los tratados, ni los sistemas industriales. Lo que importa, piensa Orlando, es “algo repentino, violento, inútil; algo que valga una vida...; que esté puro de toda mancha y de todo servilismo, de toda suciedad humana, de todo amor propio; algo temerario y ridículo, como Bonthrop”. Sí,

como Bonthrop que había hecho promesas de doblar el Cabo de Hornos en plena tormenta. Entonces nuestro Orlando se dirige corriendo al correo repitiendo las palabras que va a telegrafiar a su marido: “un barco de juguete en el Serpentine. Extasis”. Es también en cierto modo un mensaje cifrado, y el más penetrante del libro.

Pasa el tiempo. Estamos en 1928. ¿Qué señales ha dejado en Orlando el pasar del tiempo? Nos lo dice ella en estas palabras: “Nada es ya lo que es”. Con lo que quiere significar que sus menores gestos dejan de ser lo que son, a tal punto hacen revivir otros gestos. Los distintos gustos del aire le recuerdan acontecimientos a los que se asociaron en otro tiempo imperceptiblemente. Mientras camina por Oxford Street, está, según el “yo” que tal o cual detalle haga surgir, ya en Turquía, ya en la India, o en Persia. El mundo entero se vuelve para ella lo que la fracesita de la sonata de Vinteuil era para Swann. Todo en el mundo alude a lo ya vivido en él.

Es que Orlando, como el pequeño James Ramsay — otro personaje de Virginia — pertenecía a la gran familia de los seres incapaces de separar sus sentimientos unos de otros, y de impedir que la perspectiva del futuro, o los recuerdos del pasado con todo lo que contienen de alegrías y de penas, oscurezcan la realidad presente...

Si hemos de creer a Montaigne, a esa familia pertenecemos

todos. Pero es evidente que este mal (¿o habrá que llamarlo bien?) es más acentuado en ciertas personas.

A este mal le debe su muerte y su genio Proust.

En la infancia, “nada es aún lo que es”, pues, abandonando la realidad presente, el niño vive con ardor las alegrías y las penas futuras (alegrías y penas que presiente con nitidez puesto que tendrán la forma de una sensibilidad cuyas consecuencias ya está soportando); en la edad madura, “nada es ya lo que es”, pues el menor detalle basta para poner en movimiento una serie interminable de imágenes que nos hacen dar hacia el pasado tan brusco salto y nos desplazan de una época a otra de modo tan instantáneo, que un eucalipto mirado a través de una ventana, una mañana de abril, puede convertirse en un vestido de sarga azul llevado por una muchacha temblorosa que en una librería cambia unas palabras con el hombre a quien quiere. Así el pequeño James, que tenía apenas 6 años, y Orlando que tenía según su biógrafa, unos 438, vivían con duendes, como vivimos todos. Estaban “haunted”, “hanté”. No hay término en castellano que traduzca exactamente el matiz de esta palabra: algo así como habitados, perseguidos por fantasmas.

“Haunted”: con esta palabra llegamos a la última etapa de la vida de nuestro Orlando. Su auto se desliza por la carretera de Kent y un número infinito de “yos” diferentes se apilan en ella. Regresa a su castillo. El mismo tapiz palpita bajo la brisa, colgado del mismo muro, pero hay carteles que advierten al visitante: “Se ruega no tocar nada”. La casa ha resbalado de las manos

de Orlando a las de la historia. Escoltada por mil duendes, sale al patio y un altoparlante le trae desde Viena aires de danza. El abismo del tiempo está ante ella, detrás de ella, a su derecha, a su izquierda, bajo sus pies, sobre su cabeza... El presente se dilata hasta hundirse en todas direcciones en la penumbra del ayer y del mañana. Hay en esta penumbra una extraña cualidad que alivia al presente de su peso, como el agua de mar al cuerpo del nadador.

El temerario, el absurdo Marmaduke Bonthrop Shelmerdine está siempre allá lejos, tratando de doblar el Cabo de Hornos en plena tormenta. “¡Extasis!” Se dice Orlando pensando en él, llamándolo hacia sí. El amado de Orlando no podía ser sino un loco de esa especie. Y basta que pronuncie su nombre con insistencia, como le bastaba a Aladino frotar su lámpara, para que él se aparezca y caiga del cielo, es decir, baje de un avión en la última página de la novela. Estos milagros sólo son posibles para los que han consagrado la vida a tratar de doblar el Cabo de Hornos en plena tormenta. Esa es la moraleja que propongo para una novela que no pretende tener moraleja alguna.

He hablado de Orlando mucho más extensamente de lo que quizás hubiera debido, y sin embargo tengo la impresión de que todo queda por decir. ¡Es un libro tan rico en sugerencias, y toca cosas tan diversas! Para subrayar las que más me importan, he debido pasar por alto otras que no son menos importantes.

Como hemos visto, Orlando no es un solo Orlando, sino una

ndos superpuestos. Orlando no vive en un siglo, a varios. Orlando no conoce únicamente los os hombres hacia las mujeres, sino los de las mu- ombres. Es decir que a la vez que se presenta a io un ser humano, no existen para ella, o existen aínima expresión, esas leyes de gravedad que son iempo, el sexo, la carne y que nos clavan a la tie- intentemos evadirnos. Y es interesante comprobar : existencia que hace de Orlando un "ser", entre que un ser humano; este modo de existencia que, ndo humano hasta en los más ínfimos detalles, como desligado de lo humano, parece el modo excelencia a la biógrafa de nuestro héroe.

rzo aparente le es necesario para moverse en esta rarificada y para seguir sin fatiga perceptible de ese evadido del tiempo, de ese evadido de los do de la carne que es Orlando.

imaginarnos una escritora contemporánea y mu- o, Colette, puesta a esa misma tarea. Mejor di- le imaginárnosla: nunca la hubiera elegido. La de esta francesa está en el otro polo de lo que gulariza el modo de sensibilidad, de espirituali- Woolf. Leyendo a esta última, nos vienen a la ras de Cleopatra, de la Cleopatra shakesperiana, morir:

EN ESTE NÚMERO:

Virginia Woolf, Orlando y Cía., por Victoria Ocampo.
Una escena de "Desterrados", por James Joyce.
Sobre la guerra santa, por Jacques Maritain.

multitud de Orlandos superpuestos. Orlando no vive en un siglo, sino que atraviesa varios. Orlando no conoce únicamente los sentimientos de los hombres hacia las mujeres, sino los de las mujeres hacia los hombres. Es decir que a la vez que se presenta a nuestros ojos como un ser humano, no existen para ella, o existen reducidas a sus mínima expresión, esas leyes de gravedad que son para nosotros el tiempo, el sexo, la carne y que nos clavan a la tierra por más que intentemos evadirnos. Y es interesante comprobar que este modo de existencia que hace de Orlando un “ser”, entre comillas, más bien que un ser humano; este modo de existencia que, mientras sigue siendo humano hasta en los más ínfimos detalles, está sin embargo como desligado de lo humano, parece el modo que conviene por excelencia a la biógrafa de nuestro héroe.

Ningún esfuerzo aparente le es necesario para moverse en esta atmósfera un poco rarificada y para seguir sin fatiga perceptible las idas y venidas de ese evadido del tiempo, de ese evadido de los sexos, de ese evadido de la carne que es Orlando.

Tratemos de imaginarnos una escritora contemporánea y mujer de gran talento, Colette, puesta a esa misma tarea. Mejor dicho, no tratemos de imaginárnosla: nunca la hubiera elegido. La genial sensualidad de esta francesa está en el otro polo de lo que particulariza y singulariza el modo de sensibilidad, de espiritualidad de Virginia Woolf. Leyendo a esta última, nos vienen a la memoria las palabras de Cleopatra, de la Cleopatra shakesperiana, en el momento de morir:

*Y am fire and air; my other elements
Y give to baser life.*

En Orlando — y creo que se puede extender este juicio a toda su obra — la angustia de la carne (tan fuerte en Proust, por ejemplo, cuyos sentidos hablan tan alto) no existe, casi. Cuando Orlando sorprende a Sacha, su bienamada, en brazos de un marinero, cierto es que lanza un aullido de dolor. Pero sentimos que, en el fondo, eso tiene muy poca importancia. De esa terrible decepción amorosa, relatada de manera tan irónica, somos espectadores divertidos. El propio Orlando no parece vivir estas escenas, sino representarlas para nosotros. En cambio, y aunque las cosas se cuenten con igual ironía, Orlando no *representa* su pasión de la literatura, su sentimiento del tiempo y su rebeldía ante la situación de inferioridad impuesta a la mujer: Orlando las vive.

Si nos quedara una duda sobre la exactitud de esta impresión, nos bastaría con leer *The common reader*, *A room of one's own*, *To the lighthouse* y *The years* para ver que no nos habíamos equivocado. Porque en el *Common reader* se pone de manifiesto la manera cómo Virginia Woolf gusta de los libros y los autores. En *A room of one's own* se expresa su preocupación por todo lo que concierne a los problemas de la mujer. Y en *To the lighthouse* y *The years* volvemos a hallar al tiempo como principal protagonista.

The common reader (dos volúmenes, aparecidos el primero

en 1925 y el segundo en 1932) se compone de una serie de artículos de crítica literaria publicados en su mayoría en diarios y revistas. La finura de juicio y la belleza de estilo de Virginia hacen de la lectura de estos libros una verdadera delicia.

En ocasión del congreso de los P. E. N. Clubs en Buenos Aires, sabiendo yo que tendría que hablar ante una brillante asamblea de literatos y habiendo transferido a estos señores mi parte de credulidad, me creí en el deber de advertirles que sólo me atrevía a dirigirme a ellos a título de "common reader". Esta aclaración, con la que me proponía sencillamente indicar qué humilde era el puesto que yo me asignaba, junto al de ellos, fué muy mal interpretada por Marinetti. Mal informado sobre el libro de Virginia Woolf y siempre movido por la necesidad de buscar camorra y embarullar espectacularmente el juego de sus supuestos adversarios políticos, se las compuso para crear un malentendido tan espeso alrededor de los términos "common reader" que este malentendido siguió flotando hasta el fin en la atmósfera de la ilustre asamblea. No habiendo contestado en el acto, como era fácil hacerlo, a sus objeciones desprovistas de fundamentos y apoyadas en un punto de partida absolutamente falso, creo llegado el momento de poner en claro el sentido del título dado por Virginia Woolf a su libro de crítica.

Es por modestia — absurda en ella y justificada en mí — por lo que Virginia ha elegido ese título, recordando una frase

del Dr. Johnson: “Me alegro de coincidir con el *lector común*; pues ante el sentir común de los lectores no corrompidos por los prejuicios literarios, después de todos los refinamientos sutiles y el dogmatismo de la erudición, debe en última instancia decidirse toda concesión de honores poéticos”. El “common reader” según lo entiende el Dr. Johnson, difiere del crítico y del erudito en que lee exclusivamente por placer y sin preocupación de tener que transmitir sus conocimientos. No tiene un método sino una pasión: la lectura. No acepta métodos fuera de sus gustos, sus inclinaciones y su instinto.

Ya en 1917 (y por entonces Virginia Woolf apenas había publicado su primera novela, mientras que yo soñaba con la letra de molde como con un imposible), Ortega había contestado públicamente, en su *Espectador*, a mis inquietudes a propósito de mi manera de leer, inquietudes que le había confiado en una carta. He aquí algunas líneas de su respuesta: “La manera de leer que usted ejercita (lo que yo iba a llamar en 1936, manera del “common reader”) no es injusta e indebida... Es, en efecto, la única manera de leer que existe, y el resto es erudición. La lectura, en su más noble forma, constituye un lujo espiritual, no es estudio, aprendizaje, adquisición de noticias útiles para la lucha social. Es un virtual aumento y dilatación que ofrecemos a nuestras germinaciones interiores; merced a ella conseguimos realizar lo que sólo como posibilidad latía en nosotros”.

Sólo después del incidente Marinetti (pues el “*esprit d’escalier*”

nos hace esas jugadas, y es el único que me ha tocado en suerte) pensé entre mil cosas que se me ocurrieron y que hubiera debido contestar, en la relación existente entre estas líneas y la cuestión suscitada por el futurista.

La confusión sembrada por Marinetti en el seno del P. E. N. Club fué tan eficaz que el "common reader" no tardó en convertirse en "the man in the street" (el hombre de la calle), y yo aparecí, en esa docta asamblea, como aconsejando a los grandes escritores a escribir para el primer ignorante, el primer patán que les saliera al encuentro. Inútil agregar que nunca he creído que los grandes escritores deban descender para ponerse al alcance del ignorante, sino que, por el contrario, es el ignorante quien debe subir para alcanzar un poco de lo que los grandes escritores le ofrecen. Y además el "common reader", en cuyo nombre hablé en el P. E. N. Club, no es un ignorante, ni un lector cualquiera.

A este título y bajo este título es como Virginia Woolf nos habla de Montaigne, Defoe, Jane Austen, George Eliot, Addison, Conrad, Meredith, Hardy, Swift, las Brontë, etc., y puedo agregarles que, es imposible descubrir, en el caso de ella, rastro de ignorancia.

Hablar en nombre del "common reader" era, pues, una elección mucho menos modesta que lo que pudiera parecer a primera vista. Si todos los "common readers" fueran de la talla de Virginia, los grandes escritores no tendrían por qué quejarse de su público.

Volviendo al libro cuyo título se repitió tantas veces a propósito de los debates del P. E. N. Club, encontramos en él, a cada página, reflexiones que se prolongan en nuestro espíritu. A cada página nos entran deseos de comentar a la comentadora a través de su comentario. A propósito de los ensayos y de los ensayistas modernos, observa: "Sólo sabiendo escribir puede uno hacer uso de sí mismo en literatura; ese "sí mismo" que, siendo esencial a la literatura, es al propio tiempo su más peligroso antagonista. No ser nunca uno mismo, y, sin embargo, serlo siempre: ese es el problema".

Para describir la sensación que dejan los mejores ensayos, las mejores novelas de Virginia, habría que empezar por decir eso. Que ella ha llegado a hacer pasar todo su yo a su estilo, de tal modo que hablando de cualquier cosa habla de sí misma, ella, que nunca habla de sí misma. Entrar en su prosa es como entrar en la casa de alguien cuyo gusto, cuyo sentido de la belleza es muy personal y que tiene el don de poderlo comunicar al lugar en que vive. Todo nos habla de ese alguien, desde la manera como están dispuestas las sillas, colocadas las mesas, pintadas las paredes, hasta la manera como una flor sumerge su tallo en un vaso y como una lámpara ilumina un libro, un caracol o un Picasso. Y pongo el caracol al lado del Picasso, dos obras de arte de las cuales una está al alcance de todos y la otra de unos pocos, para probar que no se trata de lo que cuesta mucho dinero, sino de lo que cuesta mucho talento.

La prosa que Virginia habita es así... Las sillas, las mesas, las paredes, la flor, el librò, el caracol, el Picasso que pasan por sus manos nos hablan de ella antes y por encima de todo. ¿Por qué ha elegido este caracol y no aquel otro? ¿Por qué ha vuelto la silla hacia ese lado, pintado la pared de ese color, preferido este cuadro? Porque las cosas que reúne a su alrededor, que atrae hacia sí, van a ella por razones que se llaman Virginia Woolf. Por eso es tan interesante verla, en el *Common reader*, rodeada de escritores de gran envergadura.

¿Qué es lo que va a preferir? ¿Qué va a subrayar? ¿A quién se va a acercar más?

¿Qué nos dice a propósito de la novela moderna?

Los novelistas contemporáneos no pueden jactarse de escribir mejor que los del pasado, cree Virginia. Pero no cabe duda de que no se han quedado en el mismo lugar y de que han avanzado en una dirección determinada. Las simpatías y las hostilidades que los mueven les son peculiares. Virginia no les busca pleito a los clásicos. Si tiene ganas de protestar es contra escritores actuales como Wells, Bennet y Galsworthy, y no Hardy, Conrad o Hudson. Agradece a los tres primeros mil dones que le han hecho, pero su gratitud incondicional va a los otros tres. ¿Y de qué acusa a Wells, Bennet y Galsworthy? Sencillamente de ser escritores materialistas. “Porque se ocupan no del espíritu sino del cuerpo, es por lo que nos han decepcionado y dejado con el sentimiento de que cuanto antes les vuelva la espalda la novela inglesa, tan cor-

tésmente como sea posible, y se ponga en marcha, aunque sea hacia el desierto, tanto mejor para su alma”.

Bennet es un magnífico obrero, y su aparato para captar la vida, espléndido. Pero viene a caer siempre *al lado* de la vida, del lado en que ella no está. La vida se le escapa, y cuando la vida escapa nada subsiste.

¿Qué es la vida para Virginia, esa vida que los novelistas como Bennet traicionan? Es, además de los gestos que hacemos para tomar un tenedor, subir una escalera, atar un zapato, recortar una figura, los millones de impresiones diversas que nuestro espíritu recibe, en fin todo aquello que entra y sale por la puerta giratoria de nuestra imaginación mientras cumplimos una tarea cualquiera, el acto más insignificante como el más importante de nuestra vida. Virginia compara estos millones de impresiones, estas entradas y estas salidas que imprimen a la puerta giratoria de nuestra imaginación un continuo vaivén con una lluvia de átomos. Y buscando el orden en que estos átomos han caído en nuestro espíritu y el dibujo que ese orden traza, buscando en suma el orden de ese desorden, es como el novelista llega a tocar esa vida que desesperaba de alcanzar.

Tagore tenía un cuaderno de poemas manuscritos en que se entretenía, siguiendo de renglón en renglón las tachaduras que iba enlazando unas a otras con una línea, en trazar, entre los versos, unas formas cualesquiera: un pájaro, una cabeza extraña, una casa sobre pilares. Los *desechos* de poema dibujaban por sí mismos la imagen.

Quien sabe si esos desechos de vida que son a veces los sueños que soñamos despiertos y los duendes que nos persiguen, en medio de los sucesos triviales o significativos de nuestra existencia diaria, no graban con la nitidez del acero el perfil de nuestra alma.

Así como ciertos pintores tienen el don de atrapar al vuelo el parecido, Virginia tiene el don, persiguiendo esos sueños, esos duendes, de dar también con el parecido. Esos sueños, esos duendes que ella busca como al margen de la realidad, de la materialidad del vivir, hacen afluir a la superficie de sus novelas los colores de la vida misma. El escarlata de la sangre no se vierte nunca en ellas, pero el rosa de una mejilla, el azul de una mirada, el oro de una cabellera aluden a su riqueza. Estos rosas, estos azules y estos oro no existirían sin un escarlata oculto.

El error de los escritores materialistas, — de aquellos que en su afán de apuntar precisamente al corazón de la vida, y creyendo hacerlo, caen siempre fuera del blanco, — es querer describir el mundo visible como si su visibilidad misma no dependiera estrechamente del mundo invisible (es decir, imperceptible para nuestros sentidos) que lo circunda. Si hacemos el vacío en torno a una vela encendida con la esperanza de pintarla de manera más fiel a la realidad, más despojada de todo cuanto no es la vela encendida en sí, ¿qué ocurrirá? Encontraremos en esa pintura una ilustración del aspecto que toman el ácido esteárico, la esperma de ballena, la parafina acompañadas de una mecha, cuando se transforman en vela; pero no recibiremos ningún testimonio de lo que la

vela es cuando cumple sus funciones de vela, cuando entra en combustión, en una palabra, cuando “es” de verdad. Pues ninguna llama puede coronar en el vacío a la vela más perfecta del mundo.

El error de los escritores materialistas consiste en creer que ese fenómeno de combustión que es la vida puede ser apresado si se concede a presencias invisibles pero activas, tan activas e invisibles como el oxígeno, una importancia casi nula. Virginia Woolf no se ha limitado a comprender y denunciar ese error. Ha probado, de una manera definitiva, cómo se podía andar por otro camino. Ella misma ha comenzado a andar, valerosamente, por un camino nuevo. Lo que se desprende — a veces bajo formas evidentes como una llama, a veces sutiles como un leve cambio de temperatura, — lo que se desprende, digo, de las combinaciones de lo visible y de lo invisible, del intercambio entre lo visible y lo invisible ha tomado en las novelas de Virginia Woolf un lugar preponderante. Por ello esas novelas construídas en andamiajes de sueños tienen tanto parecido con la vida.

En contraposición con los que ella llama escritores materialistas, Virginia cita a Joyce. Encuentra que en ciertas páginas llega a “acercarse tanto al punto vital del espíritu” que dan ganas de proclamarlas una obra de arte. Pero algo falta. Esta ausencia ¿proviene de la relativa pobreza de pensamiento del escritor? ¿O será que en un esfuerzo de tal originalidad nos es más fácil descubrir las deficiencias que los aportes? Cualquiera que sea la causa,

lo que Virginia pone en claro es que en el *Ulises* ciertos aspectos de la vida aparecen con fuerza inaudita, mientras otros quedan excluidos. Y que, en suma, el problema esencial que se plantea para un novelista es el de saber exactamente qué es lo que más le interesa: esto o aquello. Y una vez hecha su elección, todo se reduce a lograr que el lector se acerque lo más posible a esto o aquello.

¿Qué piensa Virginia de los novelistas rusos? Que si buscamos cuáles son las influencias que han actuado sobre los novelistas ingleses contemporáneos, hay que ir derecho a ellos. Que si la comprensión del alma y del corazón es lo que nos interesa, en ninguna parte la encontramos tan profunda. Que si lo que nos repugna es cierto materialismo, nos aliviará el descubrir en cualquiera de ellos un profundo fervor por el espíritu humano. Y, finalmente, que en todo gran escritor ruso parecerían poderse discernir los rasgos de un santo, si es que la simpatía por el sufrimiento del prójimo, el amor a él, el esfuerzo por alcanzar un fin que exige todas nuestras energías espirituales, constituye la santidad. “Lo que hay en ellos de santo es lo que despierta en nosotros el sentimiento turbador de nuestra propia irreligiosa trivialidad”, afirma.

Pero comparar cosas tan distantes entre sí como la literatura rusa y la inglesa lleva a Virginia a la visión de las posibilidades infinitas del arte. La tela de las novelas, como la de los sueños, difiere como diferimos unos de otros, y en toda tela, siempre que sea de buena calidad, puede cortarse una novela. La carencia de autenticidad es lo único irreparable.

Si seguimos así atentamente a Virginia Woolf en el "Common reader", veremos que, como el imán, como el óxido de hierro reconoce la presencia del hierro en un mineral, ella reconoce y extrae de tal o cual autor partículas del metal con que está hecha. ¿Qué nos dice a propósito de Montaigne? "Ningún hecho es lo suficientemente pequeño para dejarlo resbalar entre nuestros dedos, y además del interés de los hechos mismos está el extraño poder que tenemos de transformar los hechos por la fuerza de la imaginación. Obsérvese como el alma está siempre arrojando sus propias luces y sombras; volviendo hueco lo sustancial y sustancial lo frágil; llenando de sueños el pleno día; conmoviéndose por fantasmas tanto como por realidades... Obsérvese su extraordinaria susceptibilidad a las impresiones, especialmente en la juventud. Un hombre rico roba porque de muchacho su padre le escatimaba el dinero. Esa pared, uno la construye no para sí, sino porque al padre de uno le gustaba construir. En suma, el alma está envuelta en una red de nervios y simpatías que influyen en cada uno de sus actos...".

En esta imaginación, en esta alma que ella describe, reconocemos a la Virginia Woolf de *To the lighthouse*. La Virginia Woolf que cambia los hechos por la fuerza de su imaginación; que vuelve hueco lo sustancial y sustancial lo frágil; que llena de sueños el pleno día; que se conmueve ante duendes como ante realidades. La Virginia Woolf que sabe cómo el odio de James Ramsay adolescente hacia el despotismo y la tiranía ha nacido en James Ram-

say niño, gracias al odio que le inspiraba su padre. La Virginia Woolf que sabe que el James niño que quería clavarle a su padre un cuchillo en el corazón se convertiría en el James adolescente deseoso de pisotear, de perseguir, donde la encontrara, esa cosa que consiste en imponerle a la gente que haga lo que no tiene ganas de hacer, en mutilar su derecho de hablar.

To the lighthouse, publicado en 1927, después de *Mrs. Dalloway* y antes de *Orlando*, es una novela en que las relaciones que existen entre los seres al margen del amor-pasión propiamente dicho cobran una realidad tan desgarradora como las que, dentro del amor-pasión, nos describen Proust o Lawrence.

La diferencia consiste en que pasan en otra esfera, en otro clima.

Las relaciones entre Mr. Ramsay y Lily Briscoe, por ejemplo, ponen muy en claro esta diferencia. No ha habido nunca amor entre ellos. Su amistad ha sido de las más neutras. Ramsay es ya viejo y viudo. Lily Briscoe una solterona, pintora, ha sido amiga de su mujer. Y entre ellos, sin embargo, ¡qué riqueza de diálogos en que la palabra no tiene ningún papel! Parece como si Lily oyera los pensamientos de Ramsay sin que éste pronuncie una sola palabra, lo que alternativamente la molesta, la exaspera o la enternece. Parece como si temiera ser oída de él.

La presencia muda de Mr. Ramsay en un cuarto inunda de alegría a su hijito, a tal punto se siente éste en comunicación con ella; pero la entrada de Mr. Ramsay, mudo, en ese cuarto o la mirada de

Mr. Ramsay fija en ellos dos, interrumpe ese éxtasis. James siente que su madre ya no dialoga silenciosamente con él, sino con ese hombre a quien por eso detesta. Así, la sola presencia o proximidad de un ser, y hasta el recuerdo vivo de ese ser, bastan para cambiar una atmósfera, para llenarla de desasosiego o de paz, de irritación o de dulzura, de hostilidad o de simpatía, de repulsión o de amor. Y esto es lo que Virginia Woolf logra expresar admirablemente. Sabe que el silencio entre los seres está poblado de resistencias o de adhesiones, de acuerdos o de desacuerdos, sean cuales fueren las palabras que lo recubren. Sabe que, como el éter, el silencio es un agente de trasmisión que conocemos mal pero cuyos continuos mensajes logramos a veces descifrar. Sabe que el silencio está lleno de vibraciones, o demasiado lentas o demasiado rápidas para hacerse oír de nosotros, pero cuyo choque nos llega a oscuras profundidades, y que, perdidos en él, los seres se aproximan o se alejan unos de otros, se atan o desatan unos a otros. Se empeña en volvernos sensible este carácter del silencio. Se empeña en mostrárnoslo tal cual es: no un espacio vacío sino lleno hasta los bordes; lleno de tantas vidas mezcladas, de tantas voces, de tantos llamados, de tantas corrientes, que somos devorados, arrastrados por él, y que para refugiarnos en las orillas de las palabras pronunciadas o escritas necesitamos hacer un esfuerzo desesperado. Un esfuerzo que no tiene más fin que el de permitirnos recobrar aliento en la inmovilidad, la limitación, la indigencia tranquilizadora de las palabras. De las palabras que no pueden

designar más que una cosa a la vez cuando se las pronuncia o escribe y que sólo en el silencio se ensanchan para abarcarlo todo. Un esfuerzo para recobrar aliento antes de ser de nuevo devorados, arrastrados por el gran entrevero del silencio. El gran entrevero del silencio en que las palabras se disuelven, se pierden y se transforman en invisibles presencias como el faro de la novela de Virginia en la bruma azul.

A room of one's own es un ensayo basado en dos conferencias y cuyo tema es, las mujeres y la literatura de imaginación. El problema de la mujer en cuanto escritora, está tratado en esas páginas con una fuerza y una sutileza extraordinarias. Virginia se siente aquí en su elemento. Su humorismo, compañero inseparable de su lirismo, se asoma y sonríe, burlón, casi en cada línea. Entra en ese tema candente para ella con un completo dominio de su pasión. Entra como Pavlova en escena en la muerte del cisne, de puntillas, sin consentir en perder un milímetro de su estatura. Y nótese bien que no es por afectación. Pero en cuanto Virginia Woolf toma la pluma ya no puede apoyar los talones en tierra, ya no puede caminar, parece flotar a unos centímetros del suelo, alada en su prosa como Pavlova en sus danzas.

Virginia Woolf no se interesa sólo por los problemas de la mujer en cuanto escritora, apresurémonos a decirlo. Se interesa igualmente por los problemas de la mujer en cuanto mujer y cualquiera que sea su clase social. Un crítico de izquierda (¿y no es

una desdicha que los críticos dejen transparentar sus pasiones políticas cuando hablan de literatura?) reprochaba hace poco a Virginia Woolf el que sólo describiera, como Proust, los sufrimientos de la flor y nata de la burguesía parasitaria. Uno de los pasajes más poderosamente líricos de su obra describe, por ejemplo, dice el crítico, los sentimientos de una mujer de mundo que acompaña a su marido a un lunch al que ella no ha sido invitada. Cuánta inconsecuencia en esta censura. Porque si las mujeres de mundo, así como los lunches y las invitaciones a que dan lugar, están destinadas a desaparecer en un futuro cercano, la obra de Virginia Woolf tendrá pronto la importancia de un monumento megalítico.

Les decía, pues, que Virginia se interesa por los problemas de la mujer cualquiera sea su clase social. *The Hogarth Press* ha publicado bajo el título de *La vida tal como la hemos conocido*, una serie de artículos escritos por obreras. Estas mujeres cuentan sus experiencias personales durante los últimos cincuenta años. Son elocuentes documentos que Virginia ha hecho preceder de una carta-prólogo en que expresa la amistad y la admiración que le inspiran esas trabajadoras. En esta carta, la autora de *Orlando* toca las cosas más prosaicas de la vida diaria, pero a su modo, es decir, sin apoyar los talones en tierra.

El lado *feminista* de Virginia, en el mejor sentido de la palabra, es uno de sus lados más generosos y más humanos. La actitud de una reina Victoria frente a este problema prueba hasta qué punto se creía excepcional y hasta qué punto era limitado su entendi-

miento. La de una Anna de Noailles, que también se creía excepcional — con perfecto derecho — y también se jactaba de antifeminismo es más difícil de explicar y justificar. Acaso una excesiva admiración hacia Bonaparte oscurecía en este respecto la inteligencia de Anna de Noailles. Pues resulta difícil adorar devotamente a Napoleón, no encontrarle defectos, y creer al mismo tiempo en la emancipación de la mujer. Quisiera agregar que esto vale también para Mussolini y para Hitler.

Recuérdense las opiniones de Bonaparte sobre las mujeres. Hasta llegó a decir: “La mujer es propiedad nuestra, nosotros no somos propiedad suya, pues ella nos da hijos y el hombre no se los da. Es por lo tanto propiedad suya como el árbol frutal lo es del jardinero”. Según este admirable razonamiento, la mujer por el hecho de dar al hombre algo precioso, que éste no puede darle a ella, se coloca en condición de inferioridad. Como se ve, el que gana más batallas no siempre es el que mejor razona, y se puede ser a la vez un gran conquistador y un peligroso insensato. Cómo puede calificarse de otro modo al hombre que declara: “De esto no entendemos nada nosotros, los pueblos de Occidente... Lo hemos echado a perder todo tratando a las mujeres demasiado bien. Las hemos llevado a igualarse con nosotros. Los pueblos de Oriente eran mucho más ingeniosos y acertados, las habían declarado verdadera propiedad del hombre, y, en efecto, la naturaleza las ha hecho esclavas nuestras...” etc.

Pero dejemos a Napoleón y sus émulos para otra ocasión.

La última novela de Virginia Woolf, *The years*, nos trae, una vez más, su sentimiento, su sentido del tiempo. Antes de esta novela, otra novela suya, *The waves*, soliloquios de varios personajes sobre el fondo del mar, también es un puro soñar y un puro estar consciente dentro del sueño y dentro del tiempo. Dentro del tiempo que es el “leit-motiv” de todos los sueños de Virginia. No les hablaré de esta novela ni de *Kew Gardens*, ni de sus otros libros de crítica, *Mr. Bennet and Mrs. Brown*, *Letter to a young poet*, *Walter Sickard*; ni de aquella deliciosa biografía de Flush, el spanish cocker de Elizabeth Browning. A pesar de lo que me tienta salirme de ellas — y creo que de ellas me he salido ya — debo quedarme dentro de las proporciones de la conferencia, que no son las del libro.

The years es, de todas las novelas de Virginia, la más larga. Empieza en 1880 y termina en nuestros días. Vemos desarrollarse en ella la existencia entera de una familia, la del Coronel Pargiter. Nada más distante del Forsyte Saga de Galsworthy, a pesar de una similitud de medio y época. Las vidas que en esta novela se cruzan, se alejan unas de otras, vuelven por último a encontrarse como vías de tren en la proximidad de una gran estación en que “nada es ya lo que es”, se mueven del modo más característicamente virginiano. Es decir, con un ritmo interior que es el del poema; ritmo interior en que cobra asombrosa precisión la parte imprecisa del vivir, mientras lo preciso, lo verificable se diluye y pasa a segundo plano.

En las últimas páginas de esta novela, y las más significativas, Leonor, a quien hemos conocido desde las primeras, se encuentra en una fiesta con parientes y con amigos de juventud y sus descendientes. Escuchando sus conversaciones, que se parecen a todas las que se oyen en circunstancias análogas, ella piensa de pronto que es necesario que haya otra cosa, otra vida. No en sueños, sino allí, en esa misma habitación, en medio de esas personas: “Sintió como si hubiera estado al borde de un precipicio con el pelo echado atrás por el viento; estaba a punto de asir algo que justamente se le escapaba”, y su pensar repite y repite que es necesario que haya otra vida. No sabemos nada, ni de nosotros mismos ni de lo demás. Todo es demasiado corto. No hacemos más que empezar a comprender. “Ahuecó las manos apoyándolas en las rodillas. Y las mantuvo así. Sintió que ansiaba encerrar el momento presente; hacer que se detuviera; llenarlo más y más plenamente con el pasado, el presente y el futuro, hasta que resplandeciera, entero, brillante, profundo de comprensión...”

Cuando conocí a Virginia, en noviembre de 1934 ya debía tener en la cabeza esta novela, pues poco tiempo después me escribió que estaba trabajando en ella. Y cuando leí, el mes pasado, las líneas que acabo de transcribir, fué a ella misma a quien volví a ver, sentada en su sillón en su cuarto de Tavistock Square, apriñando en el hueco de sus manos, tan blancas, esa agua del tiempo que quiso siempre asir. Rostro maravilloso el que inclina su sed sobre esta agua. ¡Y qué bien se han cumplido los deseos del embajador de Estados Unidos en Londres!

Les contaré cómo vi ese rostro por primera vez.

Man Ray hacía una exposición de fotografías en Londres. Algunos amigos iban a reunirse, la víspera de la inauguración, en la salita en que se exponían. Aldous Huxley me invitó a ir con él y me confió que “Virginia Woolf vendría también, quizás”.

Virginia salía muy poco y, según me decían, era cada vez más difícil encontrarse con ella. No había que contar mucho con su presencia. Tanto que, mientras yo miraba a las personas que me rodeaban, no trataba de adivinar si estaba entre ellas. De pronto oí su nombre y el mío pronunciados por un amigo, y al volver la cabeza hacia esa voz, el rostro maravilloso ya estaba vuelto hacia el mío.

Imaginen ustedes una máscara que, aun sin vida, sin inteligencia, fuera hermosa. Imaginen esa máscara impregnada de vida y de inteligencia a tal punto que parece haber sido modelada por ellas. Imaginen todo eso y todavía se habrán imaginado mal el encanto del rostro de Virginia Woolf, encanto del más feliz encuentro de lo material y lo espiritual en una cara de mujer. Porque la de Virginia no es bella únicamente por la expresión, sino por la arquitectura, por el andamiaje. Cuando estuvimos más en confianza una con otra, días más tarde, no pude menos de decírselo: “¡Son los huesos, Virginia, los que encuentro perfectos!”, cosa que le hizo reír. En efecto, la belleza de esta mujer es de una profundidad más que “skin-deep”: “bone deep”. La exageración de sus arcos superciliares y el dibujo de sus párpados llevan

como los signos del soñar. La boca, de labios llenos y tiernos, sorprende porque parece contradecir el ascetismo magnífico y un poco cruel de los otros rasgos, particularmente la nariz, tan fina, tan neta, tan desprovista de carne inútil. Esta boca está admirablemente equilibrada, defendida por un mentón sin debilidades y sin pesadeces, un mentón tan firme que la dulzura ofrecida y delicada de los labios se vuelve patética. Pensaba yo todo eso mirando por primera vez a la autora de *Orlando*, en medio del ir y venir de la gente ante las fotos de Man Ray. Su frente y su cabello gris quedaban ocultos bajo el ancho borde de un sombrero que le hacía más delicada la cara y más pálida. ¿Qué edad? La de Clarissa Dalloway; apenas pasados los cincuenta; pero no creo que haya sido nunca más seductora, aunque lo haya podido ser de otro modo. Todo lo que esta mujer ha comprendido, sentido, se agrega en este momento a su belleza y la subraya. Se pregunta uno cómo se las ha compuesto para no pensar nada vulgar, para no sentir nada feo, pues ninguna vulgaridad, ninguna fealdad ha dejado marca en ella.

¿Cuál de los personajes de Shakespeare ha dicho: “Madurez es todo”? Y en Cleopatra: “La edad no puede marchitarla...”. Pero pronto me saca de mi vertiginoso monólogo interior la persona que lo inspira. Virginia me hace mil preguntas. Huxley ha debido divertirse en despertar su curiosidad, pues ella quiere saberlo todo: cómo son los cuartos de mi casa; qué libros leía en mi adolescencia; a qué jugaba cuando tenía seis años; lo que Mussolini me dijo acerca de las mujeres cuando lo vi (aquí exclama,

al escuchar mi respuesta: “*the brute*”); si me propongo viajar toda mi vida; si en mi país hay muchos toldos en las casas, etc. El bombardeo de interrogaciones continúa durante toda nuestra conversación. Anna de Noailles preguntaba también con esa abundancia; sólo que casi no dejaba tiempo de contestar. Virginia Woolf, por el contrario, espera y quiere una respuesta.

Sin embargo, lo que hay de curioso en su manera de interrogar es que le habla a uno de las cosas más personales en la forma más impersonal, más científicamente objetiva. Hubiera podido en ese momento encontrarse ante un árbol exótico y decirle en el mismo tono: “Me han contado que es usted un árbol extraño. ¿Es verdad? Sus hojas son unas dentadas y otras digitadas. ¿Cómo es posible? Veo bien su corteza, pero ¿cómo es su médula? ¿Qué clase de frutos produce usted? ¿Son frutos comestibles? ¿Y sus flores? ¿Grandes o chicas? ¿Amarillas como las aromas o rosadas como las peonías? ¿Qué sabor tiene la tierra en que se hunden sus raíces? ¿Qué color el cielo en que brotan sus ramas? Y en esas ramas ¿hay nidos de pájaros? ¿Qué pájaros? ¿Cómo son los huevos que ponen las hembras? ¿Cómo son los arrullos de los machos? ¿Qué matices llevan en el plumaje?”. No estoy exagerando. Se interesa por uno con cierta avidez fría que hace que nos sintamos a veces, bajo su mirada, como un objeto al que se le examina desde todos los ángulos. Es que hay en ella un novelista siempre alerta y que no necesita más que un punto de apoyo para crear un mundo. En cuanto a mí, la única molestia que sen-

tía ante su curiosidad era el temor de decepcionarla. Virginia se imaginaba que yo llegaba de una ciudad (Buenos Aires) en que nubes de las más espléndidas mariposas nos persiguen en los jardines, mientras que jóvenes soberbiamente bronceados y de indumentaria tropical toman bebidas frescas bajo quitasoles de vivos colores. Las mariposas pueden haberle venido de Darwin, me decía yo, quien cuenta, en efecto, que el Beagle fué asaltado un día, a 10 millas de la bahía de San Blas, por una verdadera manga de mariposas, a tal punto que los marineros decían que “nevaban mariposas”. Pero ¿de dónde le vienen los jóvenes bajo los quitasoles? De ninguna parte. De Virginia Woolf, pura y simplemente.

Lamentando el tener que cumplir con la verdad, la desengañé.

Dos o tres días después de este primer encuentro en que Virginia me advirtió que había que apresurarse a decirlo todo porque quizás no nos volveríamos a ver, falló su pronóstico. La ví. Y más de una vez, para mayor felicidad mía. A menudo fuí a llamar a la puerta pintada de verde oscuro que llevaba el número 52. A menudo subí por la escalera empinada de la casa tan característicamente inglesa de Tavistock Square, y entré en el saloncito de paneles pintados por Vanessa Bell. A menudo, después del frío brumoso de la calle, entré yo en el “confort” de ese cuarto y sobre todo de esa presencia. Pues en cuanto Virginia estaba allí, lo demás desaparecía. Virginia, alta y delgada, con una blusa de

seda cuyos azules y grises (¿era seda escocesa?) armonizaban admirablemente con el plateado de su cabello. Virginia, a quien una falda de terciopelo negro muy larga, adelgazaba más todavía. Virginia sentada en un sillón, y su perro dormido en el suelo. ¿Era el de ella o el de Elizabeth Browning?

Virginia Woolf es tan capaz de hablar maravillosamente como de escribir maravillosamente. Con esto les estoy confesando que yo no podía, sin esfuerzo, irme de su lado. Las horas que yo robaba a su trabajo, a su soñar, a no sé quién, o no sé qué, me llenaban de remordimientos. Pero seguía robando. Durante esas horas, el perro de Elizabeth Browning roncaba tan fuerte entre nosotras dos, que mentalmente yo se lo reprochaba. “Flush — le decía — ¡cómo puede usted hacer ese ruido irrespetuoso! Estamos hablando de cosas serias. De las mujeres, de literatura, de América. De cómo su dueña se las compone para escribir de tal manera que ha transformado la novela actual. Flush, cállese usted. Déjeme escuchar. Vengo de demasiado lejos y tengo demasiado poco tiempo para permitirle a usted que me distraiga. Flush, por favor, no ronque usted tan fuerte mientras ella habla”. Pero aun cuando hubiera yo formulado en alta voz estas reprensiones, de nada hubieran servido. Virginia estaba a sus anchas entre estos ronquidos y Flush debía de tener en su poder una autorización para roncar, sabe Dios desde qué fecha. Acaso desde aquella en que Elizabeth Barret de Whimpol Street pasó a ser Elizabeth Browning... Pues en esta casa todo se me aparecía a la vez como

irreal y como lleno de la más sustancial realidad. Sustancial como el pescado oculto bajo una salsa deliciosa y el pavo no menos bien acompañado que me fueron servidos allí la víspera de mi partida. (Flush estaba debajo de la mesa).

Memorable estada en Londres, pues el encontrarse con una mujer como ésta no es un acontecimiento de escasa importancia. Bien ha dicho Ruskin en algún lugar que el espectáculo más extraordinario que puede ofrecernos la naturaleza es el de un bello ser humano que tiene además cerebro.

El común de las gentes, y aun las que no son del común, tienden a creer, siguiendo en esto un divulgado prejuicio, que toda mujer excepcional por su inteligencia o su talento debe forzosamente ser fea o desprovista de encanto femenino; que toda mujer preocupada por defender los derechos de la mujer debe ser repulsiva, desdichada en el matrimonio o solterona chiflada.

Recordemos de paso que Mrs. Pankhurst estaba locamente enamorada de su marido. Tan feliz en su matrimonio como la reina Victoria en el suyo. Pero llevaba una corona que ésta no tuvo nunca: la de la belleza. Mrs. Pankhurst no se dejó corromper por esa posesión. Cuando una mujer inteligente consiente en servirse de su belleza como de un arma, no hay privilegio que los hombres le rehusen, — inclusive el de reírse a costa de ellos —, especialmente si es una mujer sin escrúpulos o una hipócrita. Puede así obtener para ella misma todo lo que se le ocurra. Pero las mujeres del temple de Emmeline Pankhurst no tienen nada que

pedir para sí en particular, pues concederles en particular lo que se niega a las mujeres en general es ir contra lo único que las apasiona: la justicia. ¿Será por este amor por lo que se les acusa de carecer de feminidad? ¿Acaso es ser femenina el olvidar la justicia y aprovecharse de los privilegios de la belleza?

Lo mismo que el caso de Emmeline Pankhurst, aunque en otra región, el de Virginia Woolf se alza contra prejuicios del común de las gentes.

Todavía la veo, la veo siempre en su habitación de Tavistock Square con su perro roncador. Esa es la mujer, pienso, que puede citarse entre los escritores más famosos de la Inglaterra contemporánea. Esa es la mujer cuyas novelas se parecen a los "herbaceous borders" de los jardines de su país... mezcla de flores, en manchas de color, que parecen brotar en feliz desorden y donde sin embargo todo es previsión inspirada, selección segura, arte y disciplina. Esa es la mujer a quien su inteligencia, su talento, sus ideas feministas debieran afear, malquistar con su marido, convertir en marimacho, para el común de las gentes.

La veo sentada cerca del fuego, como la vi hace tres años. Tiene belleza. Su marido entra en el cuarto para avisarle que son las 7. "¿Sabes que se nos invita para América del Sur?", le dice ella. Parece como si se entendieran a medias palabras. Y miro a Virginia como el viejo Bankes miraba a Mrs. Ramsay en *To the lighthouse*, con un sentimiento que el sabio y el poeta conocen: el sabio cuando la solución de un problema científico se le

aparece; el poeta cuando ha encontrado un verso capaz por sí solo de llenar un poema. De ese modo hubiera querido yo hacer que ustedes la miraran, para que ella les hiciera, como a mí, el don de una preciosa certidumbre. La certidumbre de que nada de lo que yo había imaginado de la mujer, soñado para ella, defendido en su nombre, es falso, exagerado, ni vano.

VICTORIA OCAMPO

UNA ESCENA DE
DESTERRADOS (*)

(EXPLICACIÓN: Ricardo Rowman es el marido de Berta. Roberto Hand es un amigo de Ricardo. Antiguo enamorado de ella, le ha dado cita en su casa. Pero Ricardo, enterado por ella misma del encuentro, no puede contenerse y acude primero a casa de Roberto, con quien tiene una escena de gran intensidad dramática que ocupa la primera parte de este acto. La segunda parte, que adelantamos hoy a nuestros lectores, describe la llegada de Berta a lo de Roberto Hand y la nueva conversación entre los dos hombres).

Entra Ricardo seguido de Berta, vestida de marrón oscuro y tocada con un sombrero de color rojo oscuro. No lleva paraguas ni impermeable.

RICARDO. — *(Alegremente)*. ¡Bienvenida a la vieja Irlanda!

BERTA. — *(Nerviosamente, seriamente)*. ¿Es ésta la casa?

RICARDO. — Sí, esta es. ¿Cómo la encontraste?

BERTA. — Se lo dije al cochero. No quería preguntar el camino.

(Mirando alrededor con curiosidad). ¿No estaba él esperándome? ¿Se ha marchado?

RICARDO. — *(Señalando hacia el jardín)*. Está esperando. Ahí fuera. Esperaba ya cuando yo vine.

(*) Comedia en tres actos, cuya versión castellana publicará próximamente la Editorial SUR. (Traducción directa de A. Jiménez Fraud)

BERTA. — (*Recobrando su serenidad*). Ya tú ves cómo has venido.

RICARDO. — ¿Te figuraste que no vendría?

BERTA. — De sobra sabía yo que vendrías. Ya ves que eres como todos los hombres. Tenías que venir. Eres celoso como todos.

RICARDO. — Me parece que te fastidia encontrarme aquí.

BERTA. — ¿Qué ha ocurrido entre vosotros?

RICARDO. — Le dije que lo sabía todo, que lo había sabido desde hacía mucho tiempo. Me preguntó que cómo. Y le dije que por ti.

BERTA. — ¿Me odia?

RICARDO. — No puedo leer en su corazón.

BERTA. — (*Se sienta con aire abatido*). Sí. Me odia. Se cree que me he burlado de él... que le he traicionado. Ya sabía yo que se lo creería.

RICARDO. — Le dije que tú eras sincera con él.

BERTA. — No se lo creerá. Nadie lo creería. Debía yo habérselo dicho antes... no tú.

RICARDO. — Me pareció que era un ladrón vulgar, dispuesto incluso a emplear la violencia contra ti. Y yo tenía que protegerte contra eso.

BERTA. — Eso podía haberlo hecho yo misma.

RICARDO. — ¿Estás segura?

BERTA. — Hubiera bastado con decirle que tú sabías que yo estaba aquí. Ahora no se me ocurre nada. Me odia. Tiene derecho a odiarme. Le he tratado malamente, ignominiosamente.

RICARDO. — (*Cogiéndole la mano*). Berta, mírame.

BERTA. — (*Volviéndose hacia él*). ¿Qué hay?

RICARDO. — (*La mira a los ojos y soltándole la mano se la deja caer*). Tampoco puedo leer en tu corazón.

BERTA. — (*Mirándole todavía*). ¡Si tenías que venir! ¿No tienes fe en mí? Ya ves que estoy completamente tranquila. Podía haberte ocultado todo.

RICARDO. — Lo dudo.

BERTA. — (*Con una ligera sacudida de cabeza*). Oh, muy fácilmente, si hubiera querido.

RICARDO. — (*Sombriamente*). Quizás sientas ahora no habérmelo ocultado.

BERTA. — Quizás.

RICARDO. — (*Desabridamente*). ¡Qué tontería habérmelo dicho! Cuánto mejor que te lo hubieras callado.

BERTA. — Como haces tú, ¿no?

RICARDO. — Sí, como hago yo. (*Se vuelve para marcharse*). Adiós por algún tiempo.

BERTA. — (*Se levanta, alarmada*). ¿Te marchas?

RICARDO. — Naturalmente. Mi papel se ha terminado aquí.

BERTA. — Supongo que a verla.

RICARDO. — (*Asombrado*). ¿A quién?

BERTA. — A su Señoría. Supongo que estará todo planeado para buscar una buena oportunidad: encontrarse con ella y tener una plática intelectual!

RICARDO. — (*Con una explosión de violenta cólera*). ¡Encontrarse con el mismísimo demonio!

BERTA. — (*Se quita el sombrero y se sienta*). Muy bien. Puedes irte. Ahora ya sé lo que hacer.

RICARDO. — (*Volviéndose, se acerca a ella*). No crees una sola palabra de lo que estás diciendo.

BERTA. — (*Con calma*). Puedes irte. ¿Por qué no te vas?

RICARDO. — Entonces, tú has venido aquí y le has hecho hacer lo que ha hecho, por culpa mía. ¿No es así?

BERTA. — En todo este asunto hay una persona que sabe muy bien lo que se hace. Y esa persona no es él ni soy yo; esa persona eres tú.

RICARDO. — *(Continúa hablando)*. Y si eso es así, no cabe duda de que le has tratado malamente, ignominiosamente.

BERTA. — *(Señalándole con el dedo)*. Sí. Pero fué culpa tuya. Y ahora se acabó. Yo no soy más que un instrumento en tus manos. No tienes el menor respeto para mí. Nunca lo tuviste porque hice lo que hice.

RICARDO. — ¿Y él, tiene respeto?

BERTA. — Sí lo tiene. De todas las personas a quienes he tratado desde que volví, él es el único que lo tiene. Y él sabe lo que los demás sólo sospechan. Por eso me gustó desde el primer momento y me sigue gustando todavía. En cuanto a ella, ¡vaya un respeto que me tiene! ¿Por qué no le dijiste, hace nueve años, que se fuera contigo?

RICARDO. — Bien lo sabes, Berta. Pregúntatelo a ti misma.

BERTA. — Sí, sé por qué. Sabías la respuesta que te iban a dar. Fué por eso.

RICARDO. — No es por eso. Ni siquiera a ti te lo pregunté.

BERTA. — Sí. Sabías que yo iría, me lo pidieras o no. Yo hago cosas. Y si hago una cosa puedo hacer otra. Si me llaman ladrón que tenga el beneficio.

RICARDO. — *(Con excitación creciente)*. Berta. Acepto lo que tenga que ser. He confiado en ti. Seguiré confiando.

BERTA. — Eso es, para tener también eso en contra mía. Y abandonarme entonces. *(Casi apasionadamente)*. ¿Por qué no me defien-

des de él? ¿Por qué te apartas ahora de mí sin una sola palabra? Dick, por Dios, dime, ¿qué quieres que haga?

RICARDO. — No puedo, querida. (*Luchando consigo mismo*). Tu propio corazón te lo dirá. (*Cogiéndole las dos manos*). Mi alma siente un placer loco al contemplarte, Berta. Te veo tal como eres. Que yo haya sido el primero que se cruzó en tu vida o antes que él... quizás eso no sea nada para ti. Puedes ser más suya que mía.

BERTA. — No lo soy. Sólo que también me da pena de él.

RICARDO. — Y a mí también. Tú puedes ser suya y mía. Confío en ti, Berta, y en él también. Tengo que confiar. No puedo odiarle, puesto que te ha estrechado en sus brazos. Tú nos has unido aun más. Hay en tu corazón algo más sabio que la misma sabiduría. ¿Quién soy yo para poderme llamar dueño de tu corazón o del de ninguna mujer? Amale, Berta, sé suya, entrégate a él si lo deseas... o si puedes.

BERTA. — (*Con aire soñador*). Me quedaré.

RICARDO. — Adiós. (*Suelta su mano y sale rápidamente por la derecha. Berta continúa sentada. Después se levanta y se dirige tímidamente hacia el porche. Se detiene cerca de él y, después de un momento de duda, da una voz hacia el jardín*).

BERTA. — ¿Hay alguien por ahí fuera? (*Al mismo tiempo se retira hacia el centro de la habitación, y llama de nuevo en la misma forma*).

BERTA. — ¿Hay alguien ahí? (*Roberto aparece en la puerta abierta que conduce al jardín. Lleva la chaqueta abrochada y con el cuello subido. Apoya ligeramente las manos en las jambas esperando que Berta se dé cuenta de su presencia*).

BERTA. — (*Al verle, se sobresalta. Luego dice rápidamente*). ¡Roberto!

ROBERTO. — ¿Está usted sola?

BERTA. — Sí.

ROBERTO. — (*Mirando hacia la puerta de la derecha*). ¿Dónde está Ricardo?

BERTA. — Se marchó. (*Nerviosamente*). Me sobresaltó usted. ¿De dónde venía?

ROBERTO. — (*Con un movimiento de la cabeza*). De ahí fuera. ¿No le dijo él que yo estaba ahí fuera... esperando?

BERTA. — (*Rápidamente*). Sí, me lo dijo. Pero tenía miedo aquí sola. Con la puerta abierta, esperando. (*Se dirige hacia la mesa y apoya la mano en la esquina*). ¿Por qué está usted ahí de pié en la puerta?

ROBERTO. — ¿Por qué? También tengo miedo.

BERTA. — ¿De qué?

ROBERTO. — De usted.

BERTA. — (*Con los ojos bajos*). ¿Me odia usted ahora?

ROBERTO. — Le tengo miedo. (*Con las manos cruzadas a la espalda, tranquilamente pero algo retador*). Temo una nueva tortura... Una nueva trampa.

BERTA. — (*Como antes*). ¿Qué me reprocha usted?

ROBERTO. — (*Adelanta unos pasos y se detiene. Luego, impulsivamente*). ¿Por qué jugó usted conmigo? Día tras día y cada vez más. ¿Por qué no me paró usted? Podría usted haberlo hecho... sólo con una palabra. ¡Pero ni siquiera una palabra! Me olvidé de mí y de él... Usted lo vió. Vió usted que me desacreditaba ante sus ojos, que perdía su amistad. ¿Es que buscaba usted eso?

BERTA. — (*Levantando los ojos*). Usted nunca me preguntó.

ROBERTO. — ¿Preguntarle qué?

BERTA. — Si lo sospechaba... o lo sabía.

ROBERTO. — ¿Y me lo hubiera usted dicho?

BERTA. — Sí.

ROBERTO. — *(Con vacilación)*. ¿Le contó usted... todo?

BERTA. — Se lo conté.

ROBERTO. — Quiero decir... detalles.

BERTA. — Todo.

ROBERTO. — *(Con sonrisa forzada)*. Ya veo. Estaba usted ayudándole a hacer un experimento. A costa mía. Después de todo ¿por qué no? Debo ser buen material para eso. Y sin embargo, me parece un poquito cruel en usted.

BERTA. — Haga usted un esfuerzo para comprenderme, Roberto. Hágalo usted.

ROBERTO. — *(Con un ademán cortés)*. Bien, trataré de hacerlo.

BERTA. — ¿Por qué está usted ahí de pie, al lado de la puerta? Me pone nerviosa mirarle a usted.

ROBERTO. — Estoy tratando de comprender. Y estoy atemorizado.

BERTA. — *(Extendiendo la mano)*. No tiene usted que atemorizarse.
(Roberto se acerca a ella rápidamente y le coge la mano).

ROBERTO. — *(Tímidamente)*. ¿Solían ustedes reirse de mí... los dos juntos? *(Retirando la mano)*. Pero tengo que ser bueno, para que no se ría de nuevo de mí... esta noche.

BERTA. — *(Acongojada, le apoya la mano en el brazo)*. Haga el favor de oírme, Roberto... ¡Pero si está usted todo mojado, empapado!
(Pasándole la mano por la chaqueta). ¡Ay, pobre hombre! ¡Ahí fuera en la lluvia todo este tiempo! Me olvidé de eso.

ROBERTO. — *(Riendo)*. Sí, se olvidó usted del clima.

BERTA. — Pero de verdad, está usted empapado. Tiene usted que cambiarse de chaqueta.

ROBERTO. — *(Cogiéndole las manos)*. Dígame, ¿es entonces piedad lo que usted siente por mí, como él... como Ricardo... dice?

BERTA. — Roberto, hágame el favor de cambiarse la chaqueta, se lo ruego. Podría usted tomar un enfriamiento grave. Hágallo por favor.

ROBERTO. — ¿Qué más da ya eso, ahora?

BERTA. — *(Mirando alrededor suyo)*. ¿Dónde guarda usted aquí su ropa?

ROBERTO. — *(Señalando la puerta del fondo)*. Allí dentro. Me parece que tengo ahí una chaqueta. *(Con malicia)*. En mi dormitorio.

BERTA. — Bueno, vaya usted por ella y tráigasela.

ROBERTO. — ¿Y usted?

BERTA. — Lo esperaré a usted aquí.

ROBERTO. — ¿Me lo ordena usted?

BERTA. — *(Riéndose)*. Sí, se lo ordeno.

ROBERTO. — *(Con prontitud)*. Entonces voy.

(Se dirige apresuradamente hacia la puerta del dormitorio, y luego se vuelve).

¿No se marchará usted?

BERTA. — No, esperaré. Pero no tarde mucho.

ROBERTO. — Sólo un momento. *(Se dirige al dormitorio, dejando la puerta abierta. Berta mira con curiosidad alrededor suyo y luego echa unas miradas indecisas hacia la puerta del fondo)*.

ROBERTO. — *(Desde el dormitorio)*. ¿No se ha marchado usted?

BERTA. — No.

ROBERTO. — Estoy aquí en la oscuridad. Tengo que encender la lámpara. *(Se le oye encender una cerilla y poner una pantalla a la lámpara. La puerta deja pasar una luz rosada. Berta mira a su reloj de pulsera y se sienta en la mesa)*.

ROBERTO. — *(Como antes)*. ¿Le gusta el efecto de la luz?

BERTA. — Oh, sí.

ROBERTO. — ¿Puede usted admirarlo desde donde está?

BERTA. — Sí, muy bien.

ROBERTO. — Era para usted.

BERTA. — *(Azorada)*. No me merezco ni siquiera eso.

ROBERTO. — *(Claramente, con acritud)*. Penas de amor perdidas.

BERTA. — *(Levantándose nerviosamente)*. ¡Roberto!

ROBERTO. — ¿Qué?

BERTA. — ¡Venga aquí, inmediatamente! ¡Inmediatamente, le digo!

ROBERTO. — Con mucho gusto. *(Aparece en la puerta, vestido con un batín de terciopelo, de color verde oscuro. Al notar el estado de agitación en que se encuentra Berta, se adelanta rápidamente hacia ella)*

ROBERTO. — ¿Qué ocurre, Berta?

BERTA. — *(Temblando)*. Tenía miedo.

ROBERTO. — ¿De estar sola?

BERTA. — *(Cogiéndole las manos)*. Ya sabe usted lo que quiero decir. Tengo los nervios deshechos.

ROBERTO. — ¿Porque yo...?

BERTA. — Prométame, Roberto, no pensar en eso. Nunca. A poco que usted me quiera. Pensé en ese momento...

ROBERTO. — ¿Qué es lo que pensó?

BERTA. — Pero prométamelo, si usted me quiere.

ROBERTO. — ¡Si la quiero, Berta! Se lo prometo. Naturalmente que se lo prometo. Está usted toda temblando.

BERTA. — Déjeme sentarme en cualquier lado. Pasará todo en un momento.

ROBERTO. — ¡Pobre Berta! Siéntese usted. Venga aquí. *(La lleva hacia una silla cercana a la mesa. Berta se sienta y él se queda de pie al lado suyo)*.

ROBERTO. — *(Tras una corta pausa)*. ¿Se le pasó ya?

BERTA. — Sí. Fué sólo un momento. Fué una tontería. Tenía miedo de que... necesitaba tenerle a mi lado.

ROBERTO. — Para... para hacerme prometerle no pensar en eso?

BERTA. — Sí.

ROBERTO. — *(Con anhelo)*. ¿O algo distinto?

BERTA. — *(Con desaliento)*. Roberto, temía algo. No estoy segura de qué.

ROBERTO. — ¿Y ahora?

BERTA. — Ahora está usted aquí. Puedo verle a usted. Ya se ha pasado.

ROBERTO. — *(Con resignación)*. Sí, se ha pasado. Penas de amor perdidas.

BERTA. — *(Levanta los ojos y le mira)*. Oígame, Roberto. Quiero hablarle a usted de eso. Yo no podía engañar a Dick. Nunca. En nada. Le conté todo... desde el principio. Después la cosa siguió y siguió. Y usted nunca habló ni preguntó nada. Estaba deseándolo.

ROBERTO. — ¿Es eso la verdad, Berta?

BERTA. — Sí, porque me dolía que pudiera usted pensar que yo era como... como las otras mujeres a quienes supongo que había usted conocido en esa forma. Creo que Dick tiene también razón. ¿Qué necesidad hay de secretos?

ROBERTO. — *(En voz baja)*. Sin embargo, los secretos pueden ser muy agradables. ¿No le parece?

BERTA. — *(Sonriéndose)*. Sí, ya sé que pueden serlo. Pero, comprenda usted que yo no puedo tener secretos para Dick. Además, ¿qué necesidad hay de eso? Al final siempre se saben. ¿No es mejor que la gente sepa las cosas?

ROBERTO. — *(En voz baja y con cierta timidez)*. Pero, ¿cómo pudo usted, Berta, contarle todo? ¿Se lo contó usted? ¿Absolutamente todo lo que pasó entre nosotros?

BERTA. — Sí. Todo lo que me preguntó.

ROBERTO. — Y ¿preguntó... mucho?

BERTA. — Ya sabe usted cómo es. Pregunta por todo: hasta el último detalle.

ROBERTO. — ¿Lo de los besos también?

BERTA. — Por supuesto. Se lo dije todo.

ROBERTO. — (*Moviendo lentamente la cabeza*). ¡Extraordinaria criatura! ¿Y no le daba vergüenza?

BERTA. — No.

ROBERTO. — ¿Ni siquiera un poco?

BERTA. — No. ¿Por qué? ¿Es tan terrible?

ROBERTO. — ¿Y cómo lo tomó? Dígamelo. Yo también quiero saberlo todo.

BERTA. — (*Riéndose*). Le excitó. Más que de costumbre.

ROBERTO. — Pero ¿cómo? ¿Se excita... todavía?

BERTA. — (*Con picardía*). Sí, mucho. Cuando no está abstraído en sus filosofías.

ROBERTO. — ¿Más que yo?

BERTA. — ¿Más que usted? (*Reflexionando*). ¿Cómo puedo contestar eso? Supongo que lo mismo. (*Roberto se desvía y mira fijamente al porche, pasándose la mano una o dos veces con aire pensativo por el cabello*)

BERTA. — (*Suavemente*). ¿Está enfadado de nuevo conmigo?

ROBERTO. — (*Pensativamente*). Usted lo está conmigo.

BERTA. — No, Roberto. ¿Por qué iba a estarlo?

ROBERTO. — Porque le pedí a usted que viniera a este sitio. He hecho todo lo posible para que esté digno de usted. (*Señalando vagamente a varios sitios*). Una sensación de tranquilidad.

BERTA. — (*Tocándole el batín con los dedos*). Y esto también: la chaqueta de terciopelo.

ROBERTO. — También. No quiero tener secretos para usted.

BERTA. — Me recuerda usted un cuadro. Le va a usted muy bien...
Pero ¿usted no está enfadado, verdad?

ROBERTO. — *(Sombriamente)*. Sí. Ese fué mi error. Pedirle a usted que viniera. Me dí cuenta cuando miré a usted desde el jardín y vi a usted — a usted, Berta — aquí en este sitio. *(Con desesperación)*. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

BERTA. — *(Sosegadamente)*. ¿Lo dice usted porque otras han estado aquí?

ROBERTO. — Sí. *(Se aparta de ella unos pasos. Una ráfaga de viento hace vacilar la luz de la lámpara que está sobre la mesa. Roberto baja un poco la torcida)*.

BERTA. — *(Siguiéndole con la vista)*. Pero eso lo sabía yo antes de venir aquí. Y no me enfado con usted por eso.

ROBERTO. — *(Encogiéndose de hombros)*. ¿Y después de todo por qué iba a enfadarse conmigo? Tampoco se enfada usted con él... por la misma cosa... o peor.

BERTA. — ¿Le habló a usted de las cosas suyas?

ROBERTO. — Sí, me habló. Aquí todos nos confesamos unos a otros.
Por turno.

BERTA. — Trato de olvidarlo.

ROBERTO. — ¿Y no le preocupa a usted?

BERTA. — Ahora no. Pero prefiero no pensar en ello.

ROBERTO. — ¿Le parece a usted que eso es sólo una cosa brutal?
¿de poca importancia?

BERTA. — No me preocupa... ahora.

ROBERTO. — *(Mirándola por encima del hombro)*. Pero ¿no hay algo que le preocuparía mucho y que no haría usted por olvidar?

BERTA. — ¿Qué?

ROBERTO. — (*Volviéndose hacia ella*). Si no se tratara solamente de una cosa brutal con esta persona o con la otra... por unos pocos momentos. Si se tratara de algo fino y espiritual... sólo con una persona... con una mujer. (*Sonriéndose*). Y quizás brutal también. Siempre termina en eso más tarde o más temprano. ¿Haría usted por olvidarlo y por perdonarlo?

BERTA. — (*Jugando con el guante*). ¿A quién?

ROBERTO. — A cualquiera. A mí.

BERTA. — (*Con calma*). Usted quiere decir a Dick.

ROBERTO. — He dicho a mí. Pero ¿lo haría?

BERTA. — ¿Cree usted que trataría de vengarme? ¿No ha de ser también libre Dick?

ROBERTO. — (*Apuntándole con el dedo*). Eso no le sale del corazón, Berta.

BERTA. — (*Con orgullo*). Si, me sale. Déjele que también él sea libre, puesto que deja que yo lo sea.

ROBERTO. — (*Con insistencia*). ¿Y sabe usted por qué? ¿Y lo entiende? ¿Y le gusta? ¿Y quiere usted serlo? ¿Y le hace a usted feliz? ¿Y la ha hecho feliz? ¿Siempre? ¿Este don de la libertad que le concedió a usted... hace nueve años?

BERTA. — (*Mirándole fijamente con los ojos muy abiertos*). Pero ¿por qué me hace usted esa cantidad de preguntas, Roberto?

ROBERTO. — (*Extendiendo ambas manos hacia ella*). Porque tenía otro don que ofrecerle a usted después... un don corriente y sencillo... como yo mismo. Si quiere saber cuál es, se lo diré.

BERTA. — (*Mirando su reloj*). Lo pasado pasado está, Roberto. Y ahora creo que debería marcharme. Son casi las nueve.

ROBERTO. — (*Impetuosamente*) No, no. Todavía no. Falta una confe-

sión todavía y tenemos derecho a hablar. (*Atraviesa rápidamente por delante de la mesa y se sienta al lado de ella*).

BERTA. — (*Volviéndose hacia él, le coloca la mano izquierda en el hombro*). Sí, Roberto. Ya sé que le gusto a usted. No tiene usted que decirme lo. (*Cariñosamente*). No tiene usted que hacer más confesiones esta noche. (*A través del porche entra una ráfaga de viento y ruido de hojas que se mueven. La luz de la lámpara oscila con rapidez*).

BERTA. — (*Señalando por encima del hombro de Roberto*). ¡Mire! Tiene tufo. (*Sin levantarse, Roberto se inclina más hacia la mesa y baja más la torcida de la lámpara. El cuarto queda medio a oscuras. A través de la puerta luce con más fuerza la luz del dormitorio*).

ROBERTO. — Se está levantando viento. Voy a cerrar esa puerta.

BERTA. — (*Escuchando*). No, está lloviendo todavía. Fué sólo una ráfaga de aire.

ROBERTO. — (*Tocándole el hombro*). Dígame si el aire no es demasiado frío para usted. (*Levantándose a medias*). Voy a cerrarla.

BERTA. — (*Deteniéndole*). No. No tengo frío. Además, me voy ahora, Roberto. Tengo que irme.

ROBERTO. — (*Con firmeza*). No, no. No hay *tengo* que valga. Nos dejaron aquí para eso. Y no tiene usted razón, Berta. Lo pasado no está pasado. Está presente aquí ahora. Mis sentimientos hacia usted son los mismos ahora que entonces, porque entonces... los menospreció usted.

BERTA. — No, Roberto. No los desdeñé.

ROBERTO. — (*Continuando*). Sí los desdeñó. Y lo he sentido todos estos años sin darme cuenta... hasta ahora. Y aun mientras vivía... la clase de vida que usted sabe y en la que no le gusta pensar... la clase de vida a que me condenó usted.

BERTA. — ¿Yo?

ROBERTO. — Sí, cuando desdeñó usted el don corriente y sencillo que yo podía ofrecerle... y tomó en cambio su don.

BERTA. — Pero usted nunca...

ROBERTO. — No. Porque usted le había escogido a él. Lo vi claro. Lo vi la primera noche en que nos encontramos, los tres juntos. ¿Por qué le escogió a él?

BERTA. — (*Inclinando la cabeza*). ¿No es eso amor?

ROBERTO. — (*Continuando*). Y cada noche cuando nosotros dos — él y yo — nos llegábamos a aquella esquina para encontrarla a usted, yo lo veía y lo sentía. ¿Se acuerda usted de aquella esquina, Berta?

BERTA. — (*Como antes*). Sí.

ROBERTO. — Y cuando usted y él se marchaban a dar su paseo y yo marchaba solo a lo largo de la calle, lo sentía. Y cuando Ricardo me habló de usted y me dijo que se iba fuera... entonces más que nunca.

BERTA. — ¿Por qué entonces más que nunca?

ROBERTO. — Porque entonces me hice culpable de mi primera traición hacia él.

BERTA. — Roberto ¿qué está usted diciendo? ¿Su primera traición contra Dick?

ROBERTO. — (*Inclinando la cabeza*). Y no la última. El me hablaba de usted y de él mismo. De cómo sería la vida de ustedes dos juntos... libre y todo eso. ¡Sí, libre! Ni siquiera quería pedirle a usted que se marchara con él. (*Con amargura*). Y no lo hizo. Y así y todo se marchó usted con él.

BERTA. — Yo quería estar con él. Usted sabe... (*Levantando la cabeza y mirándole*). Usted sabe cómo estábamos entonces... Dick y yo.

ROBERTO. — (*Sin prestarle atención*) Le aconsejé que se fuera solo... que no la llevara a usted consigo... que viviera solo para ver si lo que sentía por usted era una cosa pasajera que pudiera arruinar su felicidad de usted y su porvenir.

BERTA. — Bueno, Roberto. Eso era poco amable de usted para conmigo. Pero se lo perdono porque lo hacía usted pensando en su felicidad y en la mía.

ROBERTO. — (*Inclinándose más cerca de ella*). No, Berta. No lo hacía por eso. Y en eso estaba mi traición. Lo hacía pensando en mí mismo... que pudiera usted apartarse de él cuando se hubiera ido y él de usted. Entonces yo le hubiera ofrecido a usted mi don. Ya sabe usted ahora lo que era. El don corriente y sencillo que los hombres ofrecen a las mujeres. Quizás no el mejor de todos. Pero mejor o peor... hubiera sido suyo.

BERTA. — (*Apartándose de él*) No siguió su consejo.

ROBERTO. — (*Como antes*). No. Y la noche que se escaparon ustedes... ¡qué feliz me sentía!

BERTA. — (*Apretándole las manos*). Cállese, Roberto. Ya sé yo que siempre le gusté. ¿Por qué no me olvidó?

ROBERTO. — (*Sonriendo con amargura*). ¡Qué feliz me sentí al regresar a lo largo del puerto viendo allá a lo lejos las luces del barco que descendiendo por el negro río, la separaba a usted de mí! (*En tono más tranquilo*) Pero ¿por qué le escogió usted a él? ¿No le gustaba yo a usted nada?

BERTA. — Sí. Me gustaba usted porque era usted su amigo. Hablábamos a menudo de usted. Con muchísima frecuencia. Cada vez que usted le escribía o le enviaba periódicos o libros a Dick. Y usted me gusta todavía, Roberto. (*Mirándole a los ojos*). Nunca olvidé a usted.

ROBERTO. — Ni yo a usted. Sabía que le había de ver de nuevo. Lo sabía la noche que se marchó... que volvería usted y por eso fué por lo que escribí y trabajé para verla a usted de nuevo... aquí.

BERTA. — Y aquí estoy. Tenía usted razón.

ROBERTO. — (*Lentamente*). Nueve años. ¡Nueve veces más bella!

BERTA. — (*Sonriéndose*). Pero, ¿de veras lo soy? ¿Qué ve usted en mí?

ROBERTO. — (*Mirándola fijamente*). Una singular y bella dama.

BERTA. — (*Casi disgustada*). ¡Por favor, no me llame esas cosas!

ROBERTO. — (*Seriamente*). Es usted más. Una joven y bella reina.

BERTA. — (*Con repentina risa*). ¡Pero Roberto!

ROBERTO. — (*Bajando la voz e inclinándose más hacia ella*). ¿Pero usted no sabe que es usted una criatura bellísima? ¿No sabe que tiene un cuerpo muy bello? ¿Bello y joven?

BERTA. — (*Con gravedad*). Algún día estaré vieja.

ROBERTO. — (*Moviendo la cabeza*). No puedo imaginarlo. Esta noche es usted joven y bella. Esta noche ha vuelto a mí. (*Con pasión*). ¿Quién sabe lo que ocurrirá mañana? Puede que nunca la vuelva a ver o nunca como la veo ahora.

BERTA. — ¿Sufriría por eso?

ROBERTO. — (*Mira alrededor del cuarto, sin responderle*). Este cuarto y esta hora han sido hechas para su venida. Cuando usted se marche... se marcha todo.

BERTA. — (*Con ansiedad*). Pero Vd. me verá de nuevo, Roberto... como antes.

ROBERTO. — (*Mirándola de frente*). Para hacerle a él... a Ricardo... sufrir.

BERTA. — El no sufre.

ROBERTO. — (*Inclinando la cabeza*) Sí, sí. Sufre.

BERTA. — El sabe que nos gustamos uno a otro. ¿Hay en eso algún daño?

ROBERTO. — (*Levantando la cabeza*). No, no hay daño. ¿Por qué no habíamos de gustarnos? Todavía no sabe lo que yo siento, y nos ha dejado aquí solos esta noche, a esta hora, porque anhela saberlo... anhela ser libertado.

BERTA. — ¿De qué?

ROBERTO. — (*Se acerca más a ella y aprieta el brazo de Berta mientras habla*). De todas las leyes, Berta, de todas las ligaduras. Toda su vida ha estado buscando cómo libertarse de ellas. Ha roto todas las cadenas menos una, y esa vamos a romperla, Berta... usted y yo.

BERTA. — (*Casi sin voz*). ¿Está usted seguro?

ROBERTO. — (*Aun con mayor fuego*). Estoy seguro de que no hay ley humana sagrada ante el impulso de la pasión. (*Casi con fiereza*). ¿Quién nos ha hecho sólo para uno? Si lo somos es un crimen contra nuestro propio ser. No hay ley que valga contra el impulso. Las leyes son para los esclavos. ¡Berta, pronuncia mi nombre! Déjame oír a tu voz pronunciarlo. ¡Dulcemente!

BERTA. — (*En voz queda*). ¡Roberto!

ROBERTO. — (*Pasándole el brazo por el hombro*). Lo único que no muere es el impulso hacia la juventud y la belleza (*Señalando al porche*). ¡Escucha!

BERTA. — (*Alarmada*). ¿El qué?

ROBERTO. — La lluvia que cae. Lluvia de verano sobre la tierra. Lluvia nocturna. La oscuridad y el ardor y el desbordamiento de la pasión. Esta noche la tierra es amada... amada y po-

seída. Los brazos del amado la estrechan; y ella está silenciosa. ¡Habla, amada mía!

BERTA. — *(Repentinamente se echa hacia adelante y escucha con atención)*. ¡Silencio!

ROBERTO. — *(Escucha y se sonríe)*. Nada. Nadie. Estamos solos.
(Sopla una ráfaga de viento a través del porche con un sonido de hojas sacudidas. La luz de la lámpara se agita).

BERTA. — *(Señalando a la lámpara)*. ¡Mira!

ROBERTO. — Ha sido el viento. Tenemos bastante luz de la otra habitación. *(Alarga la mano por encima de la mesa y apaga la lámpara. A través de la puerta del dormitorio pasa la luz, que ilumina el sitio donde se encuentran. El cuarto está completamente oscuro)*.

ROBERTO. — ¿Te sientes feliz? Dímelo.

BERTA. — Me marchó, Roberto. Es muy tarde. Conténtate con esto.

ROBERTO. — *(Acariciándole el cabello)* Aun no. Aun no. Dime. ¿Me quieres un poco?

BERTA. — Me gustas, Roberto. Creo que eres bueno *(Medio levantándose)*
¿Estás ya contento?

ROBERTO. — *(Deteniéndola, le besa el cabello)*. ¡No te vayas, Berta! Aun hay tiempo. ¿Me amas tú también? He esperado mucho tiempo. ¿Nos amas a los dos... a él y también a mí? ¿Nos amas, Berta? ¡Dime la verdad! ¡Dímela! Dímela con tus ojos. ¡O habla!

(Berta no contesta. En el silencio de la noche se oye caer la lluvia).

FIN DEL ACTO SEGUNDO

JAMES JOYCE

CATOLICOS FASCISTAS Y CATOLICOS PERSONALISTAS

Nunca han faltado al cristianismo esos espíritus de fuego que nos recuerdan la pureza del Evangelio, la trascendencia de nuestra religión y hasta nuestra propia indignidad de cristianos. Desde Tertuliano a León Bloy es largo el linaje de esos delatores de nuestras dimisiones de la inteligencia y del corazón. Y si Maritain pertenece a esta raza ¿por qué está tomando entre nosotros figura de acusado? Desde que descendió de la filosofía especulativa a la filosofía práctica, del orden de las esencias al orden de la existencia, el rebaño ha comenzado a desconfiar de la oveja. Todo se ha intentado para ahogar esta voz importuna. ¡Como si su metafísica fuera inofensiva! ¿Acaso no era clara la lección del filósofo? Dios es nuestro principio y nuestro fin, y, por ende, el primer servido: tal era la lección. Lo cual significa que Dios está antes que la nación y que la clase y la familia, y que nuestras comodidades y nuestros intereses, y que no siempre basta confesar su nombre para darle la regia preferencia que reclama y sin la cual no hay cristianismo.

Maritain se ha ocupado de la guerra de España. “Esta guerra de España tiene una importancia terrible, y la confusión hecha por tantos católicos entre la política de Franco y la causa de Jesucristo amenaza

destruir lo ganado en tantos años de esfuerzo espiritual e intelectual y de gravar trágicamente el porvenir". (Carta de Maritain al autor). Se juzga la actitud de Maritain ante esta guerra invocando un realismo superior, el de los que sólo creen en la fuerza. Como si él no conociera esos realistas "que saben claramente que el Señor ha hablado para no decir nada", como si él no supiera "los errores y las faltas, las mentiras, las crueldades, los enceguecimientos y todo el aparato realista de los medios pecaminosos encaminados a fines buenos... que han conducido la cristiandad a donde hoy está, y a la desventura universal cuyo espectáculo la civilización nos ofrece" (*). Lo cual significa que esta guerra de España no puede juzgarse sino a la luz de la filosofía de la historia, pues tiene sus raíces en la historia, es un abceso que se abre, de un mal que no es sólo de España

La historia nos enseña que a partir de 1830, "bajo la denominación de socialistas, se agrupaban todos los que estimaban incompleta la obra de la Revolución de 1789 y reclamaban modificaciones en la organización de la sociedad. Era un corto número de burgueses y la mayoría de los obreros de las grandes ciudades. Este deseo de reformas sociales nacía de la miseria de los obreros. La aplicación a la industria de los motores a vapor, la invención de múltiples máquinas... habían hecho descender los salarios. Y mientras que de un lado se veían levantarse las poderosas fortunas de un pequeño número de grandes industriales y comerciantes,

(*) Esta cita y todas las demás, no especificadas, de Jacques Maritain, pertenecen al ensayo *Sobre la Guerra Santa*, inserto en este mismo número de SUR.

crecía por el otro la miseria y el número de los indigentes reducidos a salarios de hambre” (Albert Malet, *Histoire de France de 1789 a 1875*, p. 353-4).

Así nace el socialismo, por el advenimiento del mundo de la industria y del comercio, y por oposición a este mundo. Desde entonces la sociedad se divide en dos clases: “una que vive exclusivamente de su trabajo; la otra que vive (o más bien que vivía) de la renta de sus capitales, y que no tienen entre sí más relación económica que el contrato de locación de servicios, volviéndose el trabajo de este modo una simple mercancía”. Maritain, *Humanisme Intégral*, p. 124).

Asistimos al comienzo de la civilización capitalista y burguesa, que acepta la situación inhumana hecha al proletariado y emprende el camino de un materialismo social que es prácticamente la negación del espíritu cristiano. Esta civilización socialmente inhumana ha seguido llamándose cristiana, porque sus elementos cristianos no han sabido, desde el principio, desolidarizarse de ella, sino que, al contrario, la han aprovechado. Lo cual no significa “que el espíritu evangélico haya faltado en ese tiempo a las partes vivas y santas del mundo cristiano”; lo que les ha faltado es “una conciencia suficientemente explícita de uno de los campos de realización a que este espíritu debe aplicarse” (Idem, *íd.*, p. 128). Esta carencia del mundo cristiano, ¿a qué se debe? Maritain ve sus orígenes lejanos en el *dualismo* cartesiano. Para la filosofía medioeval, el bien terrestre del hombre, la vida civil del ser humano es un fin último en el orden temporal, pero no lo es *absolutamente* hablando, pues se subordina a la vida eterna. Para el racionalismo cartesiano hay una sabiduría na-

tural, independiente del dato revelado, una ciencia perfecta de los actos humanos asequible a la sola razón; por ella el hombre alcanza una prosperidad perfecta aquí abajo, sin perjuicio de la beatitud perfecta en el Cielo. Desde entonces podrá servir a dos señores que San Mateo decía incompatibles; a Dios y a las riquezas; y obedecerá a la Iglesia para las cosas del Cielo y al Estado para las cosas de la tierra. “El hombre habrá encerrado la verdad y la vida divina en una parte limitada de su existencia, — en las cosas del culto y de la religión. Las cosas de la vida social, de la vida económica y política, las habrá abandonado a su propia ley carnal, sustraído a la ley de Cristo”. (Maritain, *Humanisme Intégral*, p. 51).

Pasarán todavía muchos años antes de que los católicos, conminados por la voz de los Papas, vean la necesidad de refractar las exigencias evangélicas en lo social, y que el culto del enriquecimiento terrestre es una enfermedad mortal para el cuerpo social. Entre tanto, el malentendido se ha ido agravando. Por primera vez en la historia aparece la formación de un partido que es el partido del trabajador manual como tal, del pobre como pobre: y este partido no es cristiano. Existe ahí una carencia que es preciso reconocer y lamentar; es deplorable que “el lugar que el socialismo ha encontrado vacante y ocupado enarbolando grandes errores, no haya sido ocupado, invocando una filosofía fundada en la verdad, por fuerzas de inspiración cristiana que dieran la señal de la emancipación del trabajo” (ídem, íd., p. 127).

No creo que hasta aquí sea Maritain contradicho por nadie. El desacuerdo aparece cuando se trata de la actitud que el cristiano ha de asu-

mir frente al socialismo, o, más profundamente, frente a la revolución latente con que el mundo actual busca un alma nueva y de la cual el socialismo es la forma más coherente. Hay dos actitudes típicas. Ambas obedecen, en lo individual, a una mayor o menor elevación espiritual, a una visión más o menos clara de la historia, a un diverso apego a los intereses de clase, a una cierta vocación para el sacrificio y el amor. Pero estas motivaciones particulares no interesan aquí. Objetivamente las posiciones son estas: la de aquellos que dicen “política primero”, y la de quienes afirman “religión ante todo”. Los primeros no ven del socialismo más que la doctrina, que es materialista y atea y enemiga de toda religión; piensan que el pueblo, “el que vota por la izquierda”, está prometido al comunismo, de tal modo que no hay más actitud para el católico que la defensa, más deber que el de aguerrirse y montar la guardia sobre la ciudadela de nuestra religión. Los cristianos de este tipo actúan en virtud de la violencia, prefieren el orden a la justicia. Abominan del liberalismo, al que cargan todas las culpas, como al cabrón de los hebreos, —sin ver que el liberalismo no tenía por qué suplir nuestras carencias, ni nos impedía hacer nuestro trabajo. Quieren un orden autoritario y hasta tiránico, fuertemente estructurado sobre las diferencias de clase; pues el pobre es digno de todo amor mientras acepta su rango. Odian la libertad de pensar, como si el pensamiento pudiera suprimirse, y persiguen la cristianización de las masas imponiendo la enseñanza cristiana, — como si la religión fuera una mera cuestión de catecismo.

El otro tipo de cristianos tiene sed de justicia. Ven, como veía Bossuet, que si los ricos pueden ser tolerados en la Iglesia, un cristianismo

sin pobres es una monstruosidad. Este escándalo del siglo XIX, denunciado por el Papa Pío XI, los tortura y les impide dormir. Piensan que “la cuestión que, desde el punto de vista ético social, prima sobre todas las otras en el mundo, es la de saber si las multitudes obreras buscarán su vía lejos de Cristo y el gran escándalo seguirá agravándose, o dará lugar a una reintegración progresiva”. (Maritain). Esta reintegración no se hará si los católicos se encierran en su fortaleza. Como francotiradores, deberán ir en busca del adversario, para “quitarle al ateísmo sus pretextos”; “en libre confrontación espiritual, opondrán filosofía en la fe a filosofía atea, libertad real de la persona a libertad atea, humanismo integral a humanismo ateo”. (Maritain, *Lettre sur l'Indépendance* p. 22).

Los cristianos de este tipo han visto que el socialismo no es una cuestión económica de mero salario, sino de dignidad herida, y que el proletariado ha adquirido conciencia de esta dignidad ofendida y humillada. Piensan que esta adquisición de conciencia, considerada en sí misma y sin los errores que comporta, es “un progreso histórico considerable”, pues significa “la ascensión hacia la personalidad y la libertad” del sector de la sociedad más próximo a las bases naturales de la vida humana “y medio natural del cristianismo”. Y es ciertamente una tragedia que “una ganancia de orden primeramente espiritual como es ésa, aparezca solidaria de un sistema ateo como el marxismo”. (Maritain, *Humanisme Intégral*, p. 249).

Esta clase proletaria tiene conciencia de su misión histórica, entiende realizar esta misión por sí misma y, como persona mayor, rechaza toda *ayuda* de otra clase. Luego entonces ¿cómo superar el conflicto? ¿Por la fuerza, como piensan los del tipo primero? Pero no se trata de vencer,

sino de convencer. La historia sangrienta de la Contrarreforma ¿no les dice nada? Los males de que sufre el mundo moderno son fruto de los medios puramente humanos, y estos males “son incurables si las cosas divinas no son llevadas hasta las profundidades de lo humano, de lo secular y profano”. (Maritain, *Du Régime Temporel...*, p. 177). La cuestión está en saber si hemos de contentarnos con un cristianismo de fachada, y si una ciudad es cristiana porque alza la cruz en las procesiones y enseña el catecismo en las escuelas, o si la cruz ha de ser llevada por nosotros como la llevó nuestro Dios y Señor. Lo esencial es “comprender en qué edad hemos entrado” y si vamos a “rehusar nuestra piedad a los sufrimientos más que humanos que desgarran el hombre abandonado a sí mismo”. (Maritain, *Humanisme Intégral*, p. 309). No habrá reconciliación posible sino en una sociedad fundada en la libertad de la persona humana. Y esa sociedad no será posible si los cristianos no “son los primeros en combatir el materialismo sangriento de una civilización roída de injusticia”. (*Manifeste pour le bien commun*, p. 16).

Consultemos nuevamente la historia. A principios del siglo pasado, Federico Ozanam aparece como un precursor de Maritain. En octubre de 1848, Ozanam publicaba en *L'Ere Nouvelle* (periódico que equivale al *Sept* de nuestros días) una serie de artículos sobre los orígenes del socialismo y las causas de la miseria. “El socialismo, afirmaba, saca su fuerza de muchas verdades entremezcladas de muchos errores. Es tiempo ya de hacer el reparto y de recuperar nuestro bien”. ¿Qué es, se preguntaba, esta fórmula de “la organización del trabajo” que el conservatismo social

denuncia como salida del infierno? ¿Somos en verdad los hijos de aquellos cristianos que “los paganos asombrados acusaban de complacerse sólo entre cardadores, bataneros y remendones?” “El cristianismo no contaba más que doce apóstoles para predicar la fe, y ya instituía siete diáconos para servir a los pobres”. “Es pensamiento expreso de los cánones (*Gratianus, Decretum, causa 12*) que la tierra no fuera repartida sino después de haber sido maldecida y que, purificada por la Redención, retorne en lo posible a la comunidad primitiva”. “Grandes lecciones, proseguía, que no agradarán jamás ni a los soberbios, ni a los malos ricos, ni a quienes no tienen nada que ganar con el reino de la fraternidad, y que no pueden oír sin turbarse el *Vae divitibus* del Evangelio, ni los apóstrofes del apóstol Santiago a los opresores de los pobres”. Esta cuestión de la propiedad que “en el umbral de cada revolución viene a espantar a los espíritus flojos y solicitar a los fuertes”, “no es posible tratarla ligeramente, ni creer que acabaremos con ella encarcelando algunos revoltosos”. (Citado por Henri Guillemin, en *La Vie Intellectuelle*, de 10 de mayo de 1937).

Ante el socialismo naciente ¿qué quería Ozanam? Que la ciencia social “inaugurada por los impíos” no fuera el patrimonio de ellos, y que los católicos, “siempre a la defensiva”, tomaran la iniciativa de todos los progresos verdaderos. Preciosa lección que no fué escuchada. Una minoría de católicos siguieron a Ozanam, y al poco tiempo “el sufragio universal elegía, además de gran número de diputados católicos, tres obispos y veinte sacerdotes”. (Albert Malet, *Op. cit.*, p. 357). “Es que el clero, comenta Malet, se había acercado al pueblo y muchos de sus miembros

habían testimoniado abiertamente su simpatía por los esfuerzos de los reformadores socialistas en razón del sentimiento de caridad que los inspiraba”. (Idem, íd., p. 357). Pero el grueso del rebaño no siguió a Ozanam: por eso digo que la lección no fué escuchada. La prensa católica y burguesa tildaba de “horrible” a *L’Ere Nouvelle*, y a sus redactores de “demócratas rojos” que “cubrían de su indulgencia a los nuevos reformadores del estado social” y recibían “cada día en recompensa los elogios y cumplimientos de sus órganos”. (Citado por Guillemin, en art. cit.). La campaña difamatoria fué llevada según las normas maquiavélico-realistas (véase Guillemin, artículo citado), y el folleto de Wallon, —*El rojo no es un hombre, es un rojo, es un ser caído y degenerado*—, fué profusamente difundido. El resultado está en la historia; fué el famoso plebiscito con sufragio restringido en favor del cesarismo; y la casi totalidad de los católicos votaron por Napoleón III. De este modo acabó de consumarse esa apostasía de las masas laboriosas que es “el mayor escándalo del siglo XIX”.

Estamos ahora ante la guerra de España. Un pueblo dividido en dos mitades que buscan su exterminio. De un lado, las masas laboriosas, el partido de los obreros como tales, de los pobres como pobres, del pueblo como pueblo. Y los católicos de España no están con el pueblo. Sangrienta paradoja.

Entre un bando y el otro, no estamos dispuestos a optar. Si de un lado se matan sacerdotes, que son ministros de Cristo, del otro lado se mata a los pobres, que también son de Cristo. El pueblo es de Cristo,

los pobres son de Cristo, que nació entre los pobres, vivió entre los pobres y murió entre los pobres. Y Cristo amaba al pueblo con particular dilección, porque es el eterno humillado y el eterno ofendido y porque conocía “su inmensa queja anónima”. Y nuestro Papa ama al pueblo, a ese pueblo izquierdista de España, con “un amor particular, hecho de compasión y de misericordia”. (Alocución de Pío XI, del 15 de septiembre de 1936, a los refugiados españoles).

Esta guerra no es santa porque va contra el pueblo. Y, entre todas las razones que aduce Maritain, y que son decisivas, ésta es la razón que preferimos. No creemos que se pueda matar a los pobres en nombre de Cristo. Y si hay una lógica satánica en la saña comunista, porque el comunismo es materialista y ateo, es horrible y absurdo que los católicos maten en nombre de Cristo; “ni el corazón del hombre, ni su historia pueden soportarlo”. (Maritain).

Esta guerra es una guerra de exterminio y tiende al aniquilamiento de un bando por el otro. Pero es pura ilusión creer que la victoria de los “buenos” rescatará tantos años de carencias y que “bajo el orden restaurado se ejercitarán con mayor eficacia los recursos espirituales”. Es un sarcasmo pretender que quien mata en nombre de Cristo pueda luego predicar el amor en nombre de Cristo. ¿Cómo no se ve que esta guerra “llevará a un paroxismo sin remedio el odio anticristiano” y que ese odio se hará inexpiable? ¿O se cree que los protestantes han olvidado la San Bartolomé?

Pensamos que es una “indecencia la manera con que en todos los países las pasiones de partido han explotado la tragedia española para hacer

subir el nivel de los odios". (Maritain). Por nuestra parte no estamos dispuestos a canonizar el odio, ni a emplear los medios con que la política *realista* hace crecer el reino de Dios. Sabemos "que ese crecimiento es el de los dolores de Jesús sobre la Cruz, y de la agonía y del sudor de sangre de la Iglesia". (Maritain).

No creemos en los fascismos; no creemos que estos regímenes "mezcan el nombre de civilizaciones *humanas*, es decir, que alcancen el corazón mismo del hombre no sólo para usar de él y quemar sus reservas de exaltación y de heroísmo, sino para suscitar formaciones estables de virtud y para crear en la conciencia y en la sociedad estructuras vitales y progresivas y no solamente decorativas". (Maritain, *Humanisme Intégral*, pág. 299). Sabemos que el despotismo no es una creación de ahora, sino vieja como el mundo, y que no será eterna; y que el cristianismo ha vencido la esclavitud a través de cuánta sangre y cuántas lágrimas y ha de triunfar un día contra todas las opresiones de la persona humana.

RAFAEL PIVIDAL

DOCUMENTOS

SOBRE LA GUERRA SANTA (*)

Es sabido que "Dios escribe lo recto con líneas tortuosas" y que el mal que no quiere contribuye tanto a sus fines como el bien que quiere. Pero no es esa una razón, San Pablo se tomó el cuidado de decirlo, para hacer abundar el mal a fin de que sobre abunde el bien, ni para usar vías que no sean rectas.

Hay muchas personas que creen que "desde el punto de vista cristiano" ciertas cosas no deben hacerse, "pero..." Gracias a este "pero" se abre camino el diablo. Sería ingenuo suponer que los agitadores políticos y los jefes de Estado, particularmente los que hoy tienen en sus manos los destinos del mundo, alientan profundo respeto a la ética y desean practicar las máximas del Evangelio. Sería hacer traición a Cristo, al bien de los hombres y a la misma verdad política decir *así sea* a tal repudio de la ética y del Evangelio.

(*) Nuestro ilustre colaborador M. Jacques Maritain nos había anunciado el envío especial para este número de SUR de su ensayo completo "Sobre la guerra santa", texto que apareció sólo fragmentariamente en el número de julio de la *Nouvelle Revue Française* de París. Como ese material aun no ha llegado a nuestro poder, nos limitamos a publicar ahora la parte ya aparecida en francés, haciendo esta reproducción a título documental para satisfacer la curiosidad que dicho estudio ha despertado, y sin perjuicio de dar a conocer el mes próximo la parte inédita anunciada.

Tampoco ignoramos que proporciona un consuelo metafísico barato el pensamiento, verdadero por lo demás, de que los errores y las faltas, las mentiras, crueldades y enceguecimientos a que está expuesta la pobre gente encargada de la aterradora misión de fomentar en el mundo los signos de la verdad y de la santidad sin ser santa, son arrastrados al cabo en el misterioso movimiento que encamina todas las cosas al acrecentamiento del reino de Dios. Olvídase que dicho acrecentamiento es el de los dolores de Jesús en la cruz y el de la agonía y del sudor de sangre de la Iglesia y el de una pasión y una compasión que precisamente deben redimir esta miseria con todas las demás, y que durarán hasta el fin del mundo. Resulta cómodo dormir entretanto sobre las llagas de Cristo, haciendo que monten guardia en torno de este sueño tranquilo y reparador, los *realistas* bien armados que saben con toda claridad que el Señor habló para no decir nada. Sea cual fuere el modo de pensar sobre España, ella a lo menos no duerme, está horriblemente despierta, obedeciendo así aun en la tragedia, a su genio y a su vocación.

Olvídase asimismo que el mal sigue siendo el mal y que también él aumenta entretanto, que el horror ejecutado queda ejecutado y que la desesperación de los hombres y su dolor y una sola lágrima y un solo grito arrancado por la injusticia pueden muy bien ser compensados con creces (para esto murió Jesús) pero no pueden ser borrados, nunca se los borrará, nunca. Olvídase que los errores y las faltas, las mentiras, crueldades y enceguecimientos y todo el aparato *realista* de medios pecaminosos orientados a

fines buenos, al que las gentes se resignan con el dejo de satisfacción que un espíritu superior encuentra en su superioridad, es lo que principalmente y ante todo ha conducido la cristiandad adonde hoy se encuentra y a la desgracia universal que la civilización nos ofrece en espectáculo. La cristiandad se rehará por medios cristianos o se deshará por completo.

En particular el problema que desde el punto de vista ético-social predomina sobre todos los otros del mundo, consiste en saber si las muchedumbres obreras buscarán su vida lejos de Cristo, y si el "gran escándalo" denunciado por Pío XI continuará agravándose o si cederá el paso a una reintegración progresiva. Tal problema puede resolverse con mucho dolor e inteligencia, con mucha energía y paciencia si el dolor los vivifica. Provocado por la ilusión de aplastar a los *malos* por los *buenos* (de los enemigos del pueblo por los antifascistas o de los enemigos del orden por los antimarxistas), la guerra también puede resolverlo mediante el suicidio de Europa y la ateización completa de las masas.

El problema de los medios en el que no cesamos de insistir, es de importancia absolutamente básica, implica toda la moral, es toda la moral. A propósito de este problema el cristianismo si no quiere abdicar se verá obligado a afirmar su locura de la manera más aguda contra las doctrinas de fuerza para las cuales todos los medios son buenos, lo que demuestran marchando de éxito en éxito — a la muerte. Los cristianos que piensan que por el realismo conviene dejar de lado la moral de Jesucristo en los medios de la política y que recurren a aquellos consuelos metafísicos

mal entendidos a que aludíamos más arriba no reflexionan que éstos al laicizarse con Hegel y convertirse en la divinización dialéctica de la historia, han tomado una forma pura y definitivamente perniciosa. En el comunismo es donde hallarán consuelo dialéctico en estado puro: en las cosas, en las acciones y en los hombres, ya meros medios del devenir, no hay ningún valor absoluto de bien ni de mal, sino solamente lo que sirve o no para el movimiento de la historia. Con menor amplitud metafísica, el nacional-socialismo y la estadolatría totalitaria se consuelan de idéntica manera con criterios semejantes. No nos encontramos frente a debilidades y miserias de la naturaleza humana con las que la historia se viene haciendo desde que empezó el mundo, sino frente a algo nuevo, a sistemas bien asentados y bien determinados de la fuerza del hombre y de la irrisión de lo humano. Contra ellos es necesaria una elección radical.

En una parte de la opinión pública se habla mucho de guerra santa, noción que merece ser examinada. Que la guerra civil — guerra social, guerra política, guerra de clases, guerra de intereses internacionales — haya tomado en España un carácter más, el de guerra de religión, es un hecho que se explica por circunstancias históricas pasadas y presentes infinitamente deplorables; es capaz de agravar la guerra, pero no basta para transformarla en guerra santa, o sea, (puesto que aquí importa hablar en términos rigurosos), en una guerra elevada al orden de lo sagrado y consagrada por Dios. Al hablar de esta suerte lamentamos lasti-

mar las convicciones de muchos católicos españoles. El problema en cuestión que interesa para puntos esenciales de filosofía de la cultura y de teología y cuya importancia es extraordinaria para toda la civilización moderna, requiere ser tratado de manera puramente objetiva y en conciencia nos sentimos obligados a decir cuál es en nuestro sentir la verdad en esta materia.

Se ha escrito que “la guerra nacional española es guerra, y la más santa que registra la historia” (1). Desde el punto de vista de las disposiciones psicológicas y del estado de los espíritus, podemos preguntarnos si de manera general y salvo ciertos grupos restringidos, a la idea así pregonada de guerra santa responden en efecto sentimientos que realmente concuerden con ella. Todo lo que se averigua a este respecto da motivo para pensar que una fría resignación a la fatalidad sangrienta y a todo lo que el hombre puede hacer porque la guerra es la guerra ocupa más sitio en los acontecimientos que el fervor religioso.

Pero nuestra investigación presente no está situada en este plano. Cualquiera que sea en un caso dado la eficiencia y la autenticidad psicológica de la idea de guerra santa, queremos con-

(1) R. P. IGNACIO G. MENÉNDEZ REIGADA, O. P., *La guerra nacional española ante la moral y el derecho*. “La ciencia tomista”, Salamanca, 1937, fasc. 1 y 2). El R. P. Menéndez Reigada justifica esta aserción diciendo que en la guerra actual está en juego la existencia misma de toda religión, natural o positiva, y la del fundamento natural de la sociedad. Podemos dudar de que la Providencia no tenga otro medio de salvar estas bases primordiales de la vida humana que la victoria de los nacionalistas españoles y de sus aliados. Como quiera que sea, el razonamiento en cuestión tendería de por sí a probar que se trata de una guerra justa, no de una *guerra santa* en el sentido propio que la filosofía de la historia y de la cultura debe reconocer a dicha palabra, y al que se refieren nuestras observaciones presentes.

siderar su valor intrínseco en relación con la realidad histórica.

Frente a formas de civilización “sacras” en sí mismas como la civilización de los antiguos hebreos o la civilización islámica o la civilización cristiana de la Edad Media, la noción de guerra santa, por difícil que sea de explicar, podía tener sentido. (Aun así la guerra santa iba dirigida contra los extranjeros que amenazaban dichas comunidades temporales “sacras”, no se realizaba en el seno de ésta entre hermanos y conciudadanos).

Esencialmente la guerra forma parte de las cosas que son de César; es por excelencia algo temporal, puesto que conmueve la ciudad temporal hasta el fondo, — hasta el sacrificio de los hombres; toda guerra entraña intereses políticos y económicos, codicias de la carne y de la sangre. Con todo, en una civilización de tipo sacro, tal carga terrena podía desempeñar también papel *instrumental* con respecto a los fines espirituales que realmente tienen la primacía, no sólo en la intención de los corazones sino el movimiento objetivo de la historia. Cuando los cruzados ambiciosos y ávidos se ponían en camino para libertar la tumba de Cristo, el fin religioso se atraía realmente todo lo demás y realmente lo calificaba. (Aun entonces, tal guerra, dada la manera de realizarse y dadas todas las impurezas que recogía, agradaba a Dios tanto como se creía? Es un problema aparte. Las cruzadas fracasaron finalmente en cuanto a su principal objeto).

Pero frente a formas de civilización como las nuestras, en las que (como se desprende de las enseñanzas de León XIII en esta materia) lo temporal está diferenciado de lo espiritual con ma-

yor perfección y totalmente autónomo ya no tiene papel instrumental con respecto a lo sagrado, en dichas civilizaciones de tipo profano (2) la noción de guerra santa pierde toda significación.

(2) Cf. *Humanisme intégral*, pp. 156 y sig. Recordemos que las opiniones expuestas en esta obra mantienen la supremacía de la Iglesia a la sociedad civil contra todo liberalismo teológico, pero afirman que bajo el cielo histórico de los tiempos modernos dicha sobreordenación se ejerce como la de una causa principal más alta con respecto a una *causa principal* menos elevada, y no con respecto a una causa *instrumental* o ministerial como sucedía con frecuencia en la edad media. Cuando en la encíclica *Divini Redemptoris* el Papa exhorta a los Estados a refrenar la propaganda del ateísmo, les pide que obren así a título de causa principal, no de causa ministerial o de instrumento al servicio de la Iglesia. Análogamente, las condiciones de la historia moderna llevan la ayuda que la autoridad civil debe aportar a la Iglesia, a tomar la forma de la libre colaboración, no de la ministerialidad (y requieren, por consiguiente, que se ejerza de hecho por el apoyo dado a las libertades de la Iglesia más bien que por poner al servicio de ésta aparatos temporales de potencia externa). Por último, cuando la Iglesia ejerce su poder espiritual en materia mixta (espiritual y temporal a la vez) ejerce entonces su poder director *in spiritualibus*, no su poder indirecto *in temporalibus*; y, de la misma manera, cuando la autoridad eclesiástica impone como deber a los ciudadanos católicos de un país (por ejemplo en el cumplimiento de su tarea electoral) la defensa de las libertades religiosas y de los bienes espirituales comprometidos en el temporal, no emplea ministerialmente lo temporal sino aclara y dirige, por una acción que se aplica directamente a lo espiritual (y que solamente vale a este título) la conciencia de los ciudadanos en cuestión en cuanto al acto que deben cumplir.

Notemos también que el pasaje de un cielo histórico a otro — por ejemplo, de una edad de civilización sacra a una edad de civilización profana — sólo se hace progresivamente (y con "vía libre" según las regiones interesadas; parece que en este sentido Francia tiene cierto adelanto histórico). Creemos que don Juan de Austria en la batalla de Lepanto y Juan Sobieski a las puertas de Viena han sido los últimos representantes de la guerra medieval. Pero la memoria social y la imaginación ponen naturalmente a la inteligencia en peligro de ideación anacrónica. No hay error más fácil para quien descuida la filosofía de la historia.

Aun en España podría encontrarse un signo de que la historia moderna ha pasado decididamente, desde el fin del Antiguo Régimen, a un régimen de civilización profana, en el hecho de que para combatir un bando ayudado por la Rusia soviética y abierto a su ideología, el otro bando no sólo ha sido ayudado por la Alemania nacional-socialista, perseguidora también del catolicismo, y por la Italia fascista, sino

(³). Justa o injusta, la guerra contra una potencia extranjera o la guerra contra conciudadanos resulta entonces necesariamente lo que es de suyo y por esencia, algo profano y secular, no sagrado; y no sólo algo profano sino algo abierto al mundo de las tinieblas y del pecado. Y si defendidos por unos y combatidos por otros hay comprometidos valores sagrados, no convierten en santo ni en sagrado ese complejo profano, sino por el contrario son los secularizados por el movimiento objetivo de la historia y arrastrados en sus finalidades temporales. La guerra no se convierte en

además se ha abierto a ideologías y corrientes históricas que se proponen un fin muy distinto de la ayuda a la expansión del reino de Dios, y cuya inspiración es enteramente política e imperialista. Citemos algunos artículos del programa de la Falange española: "3. Queremos enérgicamente un imperio. Afirmamos que la perfección histórica de España es el imperio... España hace valer su condición de eje espiritual del mundo hispánico para reclamar la preeminencia en las empresas universales. 4... Daremos ante el país a los ejércitos de tierra, mar y aire, toda la dignidad que merece y haremos de manera que el sentido militar de la vida anime a su imagen toda la existencia española. 23. La misión esencial del Estado es crear un espíritu nacional fuerte y uno, establecer en el alma de las generaciones venideras la alegría y el orgullo patrióticos, mediante una disciplina rigurosa de la educación... 25. Nuestro movimiento incorpora el sentimiento católico — de tradición gloriosa y predominante en España — a la reconstrucción nacional. La Iglesia y el Estado conciliarán sus medios respectivos, sin que se admita ninguna intromisión ni ninguna actividad que atente a la dignidad del Estado o a la integridad nacional".

(³). — ¿O bien se llamará santa en sentido impropio a toda guerra en que intervengan motivos religiosos o hablando en general, motivos concernientes a bienes que el hombre tiene por supremos? En tal caso, cada cual desde el momento que se persuade de hacer una guerra justa podrá decir también que hace guerra santa: porque en toda guerra justa están comprometidos bienes supremos. Y en toda guerra civil hay desgraciadamente muchos valores humanos en juego en ambas partes, muchas verdades parciales erguidas unas contra las otras, de modo que cada cual ayudado del apasionamiento puede estar persuadido de que lucha y muere por la justicia.

santa. Poco le falta para hacer blasfemar a lo que es santo. Y los abominables medios que hoy posee hacen inevitable tal resultado. Poco le falta también para llevar a un paroxismo sin remedio los odios antirreligiosos. Si desde algunas iglesias hay imprudentes que hacen fuego contra el pueblo, éste querrá destruir todas las iglesias y todo lo que lleve el signo de la religión. Si hay sacerdotes que exhortan a recurrir a la violencia, todos los sacerdotes serán tenidos por enemigos públicos.

No condenamos en sí mismo el empleo de la fuerza. En otra parte hemos procurado demostrar que está lejos de ser el más elevado en la jerarquía de los medios y que en razón misma del axioma *el orden de los medios corresponde al orden de los fines*, la historia temporal pone a los cristianos en situación de dar preferencia a todo un mundo de otros medios ⁽⁴⁾ antes que a él; pero no es malo por sí e intrínsecamente. Tampoco creemos que el recurrir a este medio sea cosa excluída de suyo y en principio de la defensa de la religión (aunque a buen seguro es el medio menos bueno de defenderla) ⁽⁵⁾. Pero si en ciertos casos extremos los ciudadanos recurren a la fuerza para defender las libertades religiosas, será — hablo del clima histórico de nuestras civilizacio-

(4). — Cf, *Humanisme intégral*, pp. 261-269.

(5). — A propósito de la guerra escribía hace poco el R. P. Gerald Vann: "El cristianismo no florecerá con el suicidio de los cristianos, aun cuando se pudiese suponer que saca provecho del asesinato de los no-cristianos. ¿Y qué sucederá en el caso de una guerra civil, en que el mantenimiento de la religión sería el fin de una de las partes? ¿En presencia de los hechos contemporáneos que se imponen a nuestra atención, deberemos cerrar los ojos ante la imposibilidad de conservar tal causa pura de mezcla con fines menos dignos; ante el peligro inevitable de un con-

nes modernas — porque dichas libertades interesan en calidad de valores superiores al bien común de la ciudad temporal y de la civilización, no porque ejerzan función ministerial para con lo sagrado ni porque lo sagrado disponga de ellas instrumentalmente. Así en las civilizaciones de tipo sacro el principio de la primacía de lo espiritual podía expresarse en la idea de guerra santa, que tanto usó la Edad Media. En nuestras civilizaciones de tipo profano el principio excluye tal idea en virtud misma de la trascendencia del orden sagrado: pues no siendo más un hecho de la ciudad temporal (lo que sólo era posible cuando la ciudad temporal estaba constituida sacramento), la guerra santa, caso de que se quisiera mantener a cualquier precio su idea como idea-fuerza, pasaría por ser entonces un hecho del orden sagrado que obra por sus propios medios, lo cual es un absurdo, pues los medios propios del reino de Dios no son la fuerza de las armas ni la sangre derramada. Bien está que invoquen la justicia de la guerra que emprenden, si la creen justa pero que no invoquen su santidad. Que maten si creen que deben matar en nombre del orden social o en el de la nación; ya es bastante horror; pero que no maten en nombre de Cristo Rey, que no es un jefe de guerra sino un rey de gracia y de caridad que murió para todos los hombres y cuyo rei-

flicto mundial que arriesgaría caudales muy distintos de los considerados en un principio; ante la conclusión inevitable: el caos y la anarquía?" R. P. Gerald Vann, O. P. *The Colosseum*, March 1937. "La unión de los cristianos en el siglo XX como en los primeros siglos no se hace sobre el triunfo de los "buenos" partidos en las luchas políticas o en las guerras civiles, sino sobre la secreta solidaridad de nuestra vida divina alimentada por una misma eucaristía". R. P. M.—D. Chenu, O. P., *Sept.* mayo 28 de 1937.

no no es de este mundo. “Si de este mundo fuera mi reino, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos” (6). Los habitantes de una aldea no quisieron recibir a Jesús “y viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma? Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de que espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las vidas de los hombres, sino para salvarlas”. (7).

“¡Dios mío, la guerra aun en la hipótesis menos triste es siempre cosa tan terrible e inhumana! ¡El hombre que busca al hombre para matarlo, para matar el mayor número posible, para hacerle daño a él y a lo que le pertenece, con medios cada vez más poderosos y mortíferos! ¿Y qué decir cuando la guerra es entre hermanos?” (8). La introducción del mito de la guerra santa en los conflictos que padece actualmente Europa sería una calamidad irreparable. En materia de religión, por crear aquí heridas morales y resentimientos incurables, por favorecer allí una alteración interna, una como islamización de la conciencia religiosa, el mito asestaría contra el cristianismo sus más recios golpes. Y por un efecto inevitable de la miseria humana, ¿qué haría sino multiplicar doquiera el sacrilegio?

¡Líbreme Dios de pronunciar aquí una sola palabra que pueda herir a una sola alma de buena fe! En España tengo amigos en

(6) — Juan, XVIII, 37.

(7). — Lucas, IX, 54-56.

(8). — Pío XI, *Discurso a los peregrinos españoles*, septiembre 14 de 1933.

los dos campos; sé que sufren en carne viva y que una palabra basta para exacerbar su sufrimiento. He recibido cartas insultantes de hombres que se escandalizan de que no se tenga a su guerra por guerra santa: me importan poco. Pero he recibido también cartas de dolor y éstas me han traspasado. Con todo, lo que es, es. Sacrilegio en el sentido más estricto de la palabra, sacrilegio que insulta a Dios en lo que le está consagrado físicamente en cierto modo y por un acto expresamente dirigido contra él; o sacrilegio en sentido más espiritual y no menos grave, sacrilegio que insulta a Dios en lo que su amor ha hecho suyo y con un acto cargado de desprecio hacia él; es sacrilegio horrible degollar sacerdotes — aunque “fascistas”, son ministros de Cristo — por odio a la religión y es otro sacrilegio horrible también, degollar pobres — aunque “marxistas” son el pueblo de Cristo — en nombre de la religión. Es sacrilegio patente quemar las iglesias y las imágenes santas a veces con furor ciego, y a veces, como en Barcelona, con frío método anarquista y rabioso espíritu de sistema; y es otro sacrilegio — de forma religiosa — cubrir a los soldados musulmanes con imágenes del Sagrado Corazón para que maten santamente a hijos de cristianos ⁽⁹⁾ y pretender alistar a Dios en las pasiones de una lucha que considera al adversario indigno de todo respeto y de toda pie-

(9). — En una asamblea solemne en el alcázar de Sevilla, el general Franco declaraba recientemente a los moros que recibía de vuelta del peregrinaje a la Meca: “Yo deseo que meditéis en estas palabras: España y el Islam han sido siempre los pueblos que mejor se comprendieron”. (Diario vasco de San Sebastián, abril 4 de 1937). Estas palabras son todavía más verdaderas de lo que imagina el que las pronunció.

dad. Es sacrilegio profanar los lugares santos y el Santo Sacramento, dar caza a todo lo que está consagrado a Dios, deshonrar y atormentar religiosas, exhumar cadáveres para entregarlos al escarnio, como se ha visto en los días de tinieblas que siguieron inmediatamente al desencadenamiento de la guerra; y es sacrilegio fusilar cientos de hombres para festejar el día de la Asunción, como en Badajoz, o aniquilar bajo las bombas de los aviones, como en Durango — pues la guerra santa odia con más ardor a los creyentes que no la sirven que a los infieles — a las iglesias y el pueblo que las llenaba y los sacerdotes que celebraban los misterios; o, como en Guernica, a una ciudad entera con sus iglesias y sus tabernáculos, segando con ametralladora a la pobre gente que huía ⁽¹⁰⁾. Los horrores rojos, con lo que han revelado de salvajismo humano, han sido tema de muchos relatos; y el número de los crímenes y de las exacciones debidas a la histeria de las masas y a los actos individuales de violencia es sin duda todavía mayor de lo que se imagina. Comienzan a llegar los testimonios del terror blanco y

(10). — Nos escriben de Zaragoza con legítima indignación que hace varios meses la aviación roja arrojó tres bombas (que felizmente no estallaron) sobre la iglesia de Nuestra Señora del Pilar. Llevó a cabo otros bombardeos más graves y destructores. Pero los que consideran con razón este acto como un acto de vandalismo deberían ser los primeros en condenar de todo corazón la destrucción de Guernica.

Para los que se escandalizan de la protesta de cierto número de católicos franceses contra dicha destrucción, observo también: 1º que éstos condenan todo bombardeo de ciudad abierta, de cualquier lado que venga (recordemos que el *Osservatore Romano* rechazó el embuste de los que pretendían que les había “dado una lección” sobre este punto). Si la aviación roja destruye un día, según los principios de la guerra total, una ciudad de la zona blanca como la aviación alemana ha destruido a Guernica, no dejarán de protestar; 2º que los asesinatos, sacrilegios y de-

lo que se sabe ya hace pensar que alcanza un nivel de crueldad y de desprecio hacia la existencia humana de rara elevación. Pues bien: En nombre de la guerra santa, el terror blanco se realiza bajo los signos y estandartes de la religión, la cruz de Jesucristo brilla como un símbolo de guerra sobre la agonía de los fusilados; y ni el corazón del hombre ni su historia pueden soportarlo. Un hombre que no cree en Dios puede pensar: bien mirado, es el precio de la vuelta al orden; tanto monta un crimen como otro. Un hombre que cree en Dios sabe que no hay desorden peor; es como si los cristianos hiciesen pedazos sobre la cruz los huesos de Cristo que no pudieron tocar los verdugos del Calvario.

Puede ser que en España toda guerra tienda a convertirse en guerra santa: en este sentido la palabra "guerra santa" ya no designa algo de naturaleza objetiva determinada, se refiere a una disposición del temperamento histórico de un pueblo. Y lo mismo que el mito de la Revolución, tal como se ha desarrollado en las escuelas socialistas y anarquistas del siglo XIX, puede considerarse como una contraposición laica de la antigua idea de Cruzada, de la misma manera será preciso decir que también los milicianos ro-

güellos de sacerdotes cometidos en la zona roja han sido denunciados desde el primer día con la mayor energía por un católico francés cuyas posiciones políticas son contrarias a la insurrección militar (Cf. Francisque Gay, *Dans les Flammes et dans le Sang*). Sería cuestión de buena fe elemental no olvidar este hecho. Además los actos criminales aludidos han sido objeto de una solemne condena de la Santa Sede; y ampliamente expuestos por la prensa, no era preciso una intervención particular para señalarlos a la conciencia católica. Es una estupidez y una calumnia que sólo puede explicar la psicosis de guerra, imaginar que gentes cristianas puedan hallar excusa para estos crímenes.

jos hacen guerra santa. Pues ¿quién, por lo demás, podría hablar sin respeto de los sacrificios heroicos de que España ha dado ejemplo en ambos bandos? ¿Quién dejaría de reconocer el admirable valor y el ardor de abnegación a una causa elevada que animan a tantos hombres — requetés o milicianos, vascos o navarros — atentos a matarse unos a otros? Por otra parte en la consideración de las causas y condiciones objetivas del conflicto y en la de la justicia es donde reside el criterio de apreciación de una guerra. Y por último, uno de los azotes espirituales de la guerra civil, sobre todo cuando está reforzada por el mito de la guerra santa, es el que sólo permite ver a un campo las aberraciones del otro y que ciega a hermanos enemigos en cuanto al valor con que en uno y otro partido, y pese a tantos crímenes sin nombre, los hombres de corazón dan pruebas del patrimonio común de virtud de su país.

Mr. Chistopher Dawson observaba hace poco que si una gran guerra europea ha de estallar en un futuro cercano, no será tanto una guerra capitalista por la posesión de los mercados, como una “guerra de creencias por la posesión del espíritu de los hombres. Las potencias fascistas creerán defender la cristiandad y la cultura europea contra el ateísmo comunista, mientras que los Estados democráticos y socialistas creerán defender la justicia y la paz contra la tiranía militarista y capitalista”. De ahí el peligro de *guerra civil internacional* que hace varios meses señalaba el *Osservatore Romano*. En esta fase de la historia, los autores de la guerra serán ante todo “los idealistas y propagandistas” y “los principios desem-

peñarán papel tan importante como los gases venenosos” (11). Estas observaciones confirman lo que anticipamos más arriba en cuanto al peligro que representa para la civilización el mito de la guerra santa; demuestran que los hombres que quieren realmente la paz y el bien de la civilización deben emplearse en proteger de él a los espíritus. Aquí también, aun dentro de la política temporal, conviene que nos inspiremos en una máxima evangélica, para salvar de la ruina de una guerra universal lo que en este mundo queda todavía de cristiandad histórica, así como los gérmenes de una nueva cristiandad. Lo que la paz del mundo exige no es la oposición de una ideología o otra, es un trabajo de inteligencia concreta que permita a los Estados existentes y a las fuerzas históricas existentes apoyarse mutuamente en el camino del tiempo, “by agreeing with your adversary quickly while you are in the way with him”. “Concíliate con tu adversario presto, entre tanto que estás con él en el camino” (12).

La guerra que se libra en España es una guerra de exterminio; no sólo tiende a arruinar por completo la nación española sino también a provocar un conflicto universal; exaspera en todas partes pasiones que no perdonan; está en tren de deshonar a Europa. Amenaza gravemente a Francia en ciertas condiciones primordiales de su seguridad exterior.

No corresponde a un extranjero tomar parte en dicha guerra

(11). — *The Colosseum*, March 1937.

(12). — *Mateo*, V, 25.

civil: no tiene para ello ni suficiente información, ni experiencia directa de las cosas, ni calidad ⁽¹³⁾. Se debe considerar como una falta de decoro la forma en que las pasiones de partido han explotado la tragedia española en todos los países para hacer subir en todas partes el nivel de los odios.

No es que un católico pueda dejar de sentir hasta el fondo del corazón todo lo que concierne a sus hermanos en la fe y al porvenir de la religión en España. Sabemos que la iglesia tiene las promesas de Jesucristo y que España jamás se pudo contentar con "solo la tierra"; sabemos también que el cristianismo puede contar siempre con el dolor de los santos que Dios puede hacer surgir y con su virtud medicinal, por crueles que sean ciertas llagas históricas abiertas en su costado. No obstante, cuando frente al drama abierto ante nuestros ojos, unos nos representan un desenlace eventual "aplazante" en favor de los rojos como la ruina, a lo menos durante una o dos generaciones, de las instituciones religiosas de España, y como el advenimiento de una anti-religión militante o de un "anti-ecclesialismo" religioso mucho más profundo y mucho más grave que el anticlericalismo político, de tal suerte que un pueblo bautizado, el pueblo de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, quedaría entonces privado de su derecho de intruirse en la verdad divina, y

(13). — En cuanto al problema que la actual crisis de la civilización plantea ante la conciencia de cada uno, considerado no ya en el caso particular de la guerra de España, sino en general y según las eventualidades que pueden presentarse en otras partes, hemos indicado en otros dos estudios cuál es nuestra posición personal al respecto. (Comunicación de enero 23 de 1937 a la *Unión pour la Vérite*, que aparecerá en el *Bulletin* de junio-julio; y *Sept*, febrero 12 de 1937; estos dos estudios han aparecido en español en la revista *Sur*, abril de 1937).

que habría que rehacer la obra del apostolado católico desde las catacumbas; y cuando los otros nos representan otro desenlace eventual igualmente “aplastante” en sentido opuesto, que no sólo impone a la religión, considerada como medio de gobierno o “incorporada” a una obra política, una protección humillante sino que cava entre ella y el pueblo un abismo de amargura y de resentimiento y seca las fuentes interiores mismas de su vitalidad, de tal suerte que las causas profundas de los males espirituales que hoy aparecen continuarían envenenando la historia, no nos sentimos llevados en manera alguna a rebajar los peligros de tipo contrario así señalados. ¿Qué podemos y debemos desear sino que estas dos clases de peligro se alejen de los destinos de España? Si aun *después* de la horrible opresión que inflige a las conciencias el recurrir a lo irreparable y el desencadenamiento de la violencia, la Providencia a pesar de todo inclinase los acontecimientos hacia una *tercera solución*, ello aportaría una enérgica confirmación para los que pertenecen a países preservados hasta el momento de la guerra civil, los cuales piensan que esta tercera solución, que se impondrá tarde o temprano, debe hallarse y aplicarse cueste lo que cueste *antes* de una catástrofe de lo político. Y no sólo desde el punto de vista de los valores espirituales, sino también del de los valores temporales y del de la instauración de un nuevo orden conforme a la dignidad de las personas humanas, espera el mundo una tercera solución.

Por último, en lo que toca a España, sean cuales fueran las simpatías o el idéntico sentimiento de reserva que en razón de su filosofía del momento actual y de sus tendencias políticas genera-

les pueda experimentar un extranjero con respecto a uno u otro de los campos de guerra, tiene cosas más importantes que hacer que formular votos: si tiene conciencia de los múltiples peligros que recordábamos hace un instante, y si tiene inquietud por el bien común de la civilización, querrá obrar por la paz de España. Creemos que los hombres de buena voluntad, en particular aquéllos a quienes su fe religiosa impone especialmente el cuidado de las obras de justicia y de paz, tienen tarea urgente que ejecutar, desde este punto de vista; no sólo pueden esforzarse en subvenir a las necesidades de los refugiados y de las víctimas, sea cual fuere su partido, y salvar vidas humanas dondequiera sea posible; también pueden agruparse para preparar desde ahora, en toda la medida en que se pueda contribuir a ello desde el exterior, las condiciones de la pacificación civil y religiosa de España. ¿Es esto querer juntar agua y fuego, según la metáfora demasiado fácil de los que se han resignado a lo peor? o también, según otra metáfora no menos fácil, ¿es querer que anden mano a mano el bien y el mal? No, es reconocer que todo el bien no está de un lado, ni todo el mal del otro, y es esperar que surgirá un día una existencia nueva en la cual, después de las terribles purificaciones que sufrimos actualmente, resultarán complementarios ciertos valores históricos que hoy, unidos a tantas faltas, arrojan unos contra los otros a hombres desgraciados y exasperados. En el supuesto de que uno de los campos obtenga la victoria — ¡después de cuánto tiempo y al precio de cuántas vidas humanas! — una victoria que corre riesgo de fijar muchos odios; o en el supuesto de que se pueda

pensar en una paz que no se deba únicamente a la fuerza de las armas, quizá gracias a alguna iniciativa internacional (que en último caso debería proponerse colocar al pueblo español en situación de declarar y realizar libremente su voluntad y de adoptar el régimen social y político de su agrado), importa que se emprenda una acción pacificadora, difícilísima sin duda pero no imposible y que en primer término deberá ejercerse sobre la opinión pública internacional, para dar en ella *a pesar de todo* testimonio del espíritu de Cristo. No es este el lugar de examinar en detalle las modalidades que puede revestir tal acción, ni los obstáculos de toda especie que podrá encontrar y que no nos ocultamos. Hemos querido solamente señalar su necesidad.

París, junio de 1937.

JACQUES MARITAIN.

NOTAS

LETRAS ARGENTINAS

“VIAJE OLVIDADO”

Hace mucho tiempo que conozco a Silvina Ocampo. Hasta recuerdo mejor que ella ciertos acontecimientos de su vida: su bautismo, por ejemplo. En esta ceremonia yo era, después de ella, el personaje más importante, como que era yo quien la sostenía sobre la pila bautismal, no sin vivas inquietudes por la manera cómo se comportaría en el trance y cómo me desempeñaría yo misma. Para asistir a ese bautismo había cerrado mis cuadernos de escolar y mi diario, donde ocupaba lugar preponderante mi resolución de escribir Libros. Libros con una ingenua mayúscula.

En nuestra familia este género de ambición no había desvelado a nadie, que yo sepa. Y sin embargo la tinta estuvo presente en ese bautismo, pues manchaba los dedos de una de las hermanas: la que sostenía a la otra.

Si Silvina Ocampo tuviera necesidad de disculpas, yo vendría a acusarme públicamente de haber puesto en contacto su cabeza con la tinta de mis manos en ese preciso momento. Pero estimo que no es ése el caso y que en modo alguno se trata de una enfermedad contagiada.

Hace años había yo empezado a escribir unos recuerdos de infancia —recuerdos que duermen en un cajón y que quizá publique—. Se me ocurrió preguntarle a Silvina si le gustaría ilustrarlos. Contestó que sí; pero todo quedó en proyecto.

Descubrí más tarde que Silvina tenía, en efecto, algo mejor que hacer que ilustrar mis recuerdos. Tenía que contar los suyos propios, a su manera. Y es lo que un día me trajo.

*

“Sentían que llevaban corazones bordados de nervaduras como las hojas, todas iguales y sin embargo distintas en las láminas del libro de Ciencias Naturales”.

Estos recuerdos, relatados bajo forma de cuentos y mezclados de abundantes invenciones, habrían podido ser los míos; pero eran distintos, muy distintos de tono, muy distintos de *découpage*, “como las hojas, todas iguales y sin embargo distintas en las láminas del libro de Ciencias Naturales”. Desde el fondo de un pasado común, vivido en la misma casa, inclinado sobre el mismo catecismo, abrigado por los mismos árboles y las mismas miradas, estos recuerdos me lanzaban señales en el lenguaje cifrado de la infancia, que es el del sueño y el de la poesía. Cada página aludía a cosas, a seres conocidos, en medio de cosas y de seres desconocidos, como en nuestros sueños. Como en nuestros sueños, rostros sin nombre aparecían de pronto en un paisaje familiar, y voces extrañas resonaban en un cuarto cuya sola atmósfera era ya un tuteo.

Este juego de escondite, esta coalición de una realidad que se ha vuelto irreal y un sueño que se ha vuelto realidad nunca me ha impresionado tanto como en el *Viaje olvidado*. Precisamente porque conociendo el lado realidad e ignorando la deformación que esa realidad había sufrido al mirarse en otros ojos que en los míos y al apoyarse en otros sueños, me encontré por primera vez en presencia de un fenómeno singular y significativo: la aparición de una persona disfrazada de sí misma.

Los cuentos de Silvina Ocampo son recuerdos enmascarados de sueños; sueños de la especie de los que soñamos con los ojos abiertos. Máscara de Ginger Rogers sobre el rostro de Ginger Rogers, como en “Al Compás del Amor”. La amistad o la enemistad de las cosas inanimadas — que dejan de serlo — pueblan estos relatos como poblaban nuestra infancia o como pueblan la vida de las tribus salvajes.

A su manera —emparentada con la de los dibujos animados, pero

en un territorio que depende de otra jurisdicción—, el enrejado del ascensor (“tenía flores con cáliz dorado y follajes rizados de fierro negro, donde se enganchan los ojos cuando uno está triste...”), la claraboya (“de ese verde de los frascos de colonia”), las casuarinas (“que parecían recién llegadas de un viaje en tren, y sin embargo contenían en sus hojas de alfileres una sonoridad muy limpia, bañada por el mar”), la casa de campo (“con trechos inmensos de playas desiertas donde se asomaban los árboles y los ladrones”) desempeñan un papel activo. Hasta más activo, quizás, que la planchadora Clodomira (“que rociaba la ropa blanca con su mano en flor de regadera”), Cipriano (“que saltaba a través de los arcos con galope de caballo blanco”), Juan Pack (“que duerme con una invisible raqueta en la mano”), Eladio Rada (“que hubiera tenido tiempo para dormir la siesta y para pensar en la mujer con quien quería casarse si no hubiera sido por el miedo a los ladrones”), Libia y Cándida (“que estaban acostumbradas a verse con un ojo torcido y con la boca hinchada en un espejo roto”). Se tiene la impresión de que los personajes son cosas y las cosas personajes, como en la infancia. Y todo eso está escrito en un lenguaje hablado, lleno de hallazgos que encantan y de desaciertos que molestan, lleno de imágenes felices — que parecen entonces naturales — y lleno de imágenes no logradas — que parecen entonces atacadas de tortícolis. ¿No serán posibles las unas sino gracias a las otras? ¿Es necesaria esa desigualdad? Corrigiéndose de unas, ¿se corregiría Silvina Ocampo de las otras? Es ése un riesgo que a mi juicio debe afrontar. Antes de renunciar a la destreza, es preciso que se haya tomado el trabajo de investigar qué porcentaje de negligencia entra en la composición de sus defectos y qué pereza la lleva a no ser más exigente consigo misma cuando todo nos demuestra que puede serlo.

En literatura las “maladdresses” no deben ser involuntarias. Es como para la gramática. Si se quiere sacarle la lengua, hay que mirarla antes cara a cara. Dicho esto, agreguemos que los más grandes escritores se han distinguido siempre por haberle sacado la lengua a la gramática, después de haberla mirado cara a cara. Pero si se empieza por sacarle la lengua... la gramática no se entera que se trata de ella, y parece uno sacarse la lengua a sí mismo.

El *Viaje olvidado* es un primer libro en que encontramos cualidades y defectos equivalentes. Estos defectos ¿son el reverso indispensable de las cualidades? ¿Sería posible aumentar las unas y disminuir las otras? Sólo Silvina Ocampo puede contestar a estas interrogaciones dándonos un nuevo libro.

Pero sin esperar más, podemos decir que así como Lucía llevaba en los pliegues blancos de su vestido las amapolas del jardín, las sillitas verdes de fierro, las cuatro palmeras y las siestas estiradas en los cuartos húmedos de la casa vieja, así lleva Silvina en las 186 páginas de sus cuentos una atmósfera que le es propia, donde las cosas más disparatadas, más incongruentes están cerca y caminan abrazadas, como en los sueños.

VICTORIA OCAMPO

CINE

“LA FUGA”

Entrar en un cinematógrafo de la calle Lavalle y encontrarme (no sin sorpresa) en el Golfo de Bengala o en Wabash Avenue me parece muy preferible a entrar en ese mismo cinematógrafo y encontrarme (no sin sorpresa) en la calle Lavalle. Hago esta confesión liminar para que nadie achaque a turbios sentimientos patrióticos esta vindicación de un film argentino. Idolatrar un adefesio porque es autóctono, dormir por la patria, agradecer el tedio cuando es de elaboración nacional, me parece un absurdo.

La primera virtud que cabe destacar en *La fuga* es la continuidad. Hay numerosos films — *El martirio de Juana de Arco* sigue siendo el espejo y el arquetipo de ese adulado error — que no pasan de meras antologías fotográficas; acaso no hay un solo film europeo que no sufra de imágenes inservibles... *La fuga*, en cambio, fluye lípidamente como los films americanos. Buenos Aires, pero Saslavsky nos perdona el Con-

greso, el Puerto del Riachuelo y el Obelisco; una estancia entrerriana, pero Saslavsky nos perdona las domas de potros, las yerras, las carreras cuadreras, las payadas de contrapunto y los muy previsibles gauchos ladinos a cargo de italianos auténticos.

Segunda virtud: el director ha desoído las tentaciones lacrimosas del argumento. Sus malevos ejercen el asesinato como quien ejerce un oficio: no añoran el tugurio natal en tangos elegíacos y los comanda un serio caballero alemán que se complace en animales embalsamados y vive en una casa funcional grata a los paradigmas de Gropius. Es cierto que una de las protagonistas da la vida por su hombre, pero también es cierto que no le guarda la fidelidad corporal que un director americano le exigiría. La ayuda un empleado de investigaciones. Este (rasgo justísimo y del todo admirable) es mucho más compadre que los malevos acosados por él.

La escena de la muerte de la mujer — la escena de su inaudita voz moribunda — es la más intensa del film. Otro alto momento es la asombrosa felicidad de la niña, el saber que dos años — sólo dos años — la separan de una felicidad que ella había pensado inmediata.

En cuanto a los defectos... Entiendo que podemos, en buena lógica, reducirlos a uno: la rastrera y penosa comicidad. El argumento de *La fuga* es, *mutatis mutandis*, el del famoso film *The preacher* de Chaplin, malamente rebautizado en estas repúblicas *El reverendo Caradura*. No desapruedo la anexión de esta fábula: sí, lo ingenuo de suponer que en una historia utilizada por Chaplin quedan por explorar muchas posibilidades grotescas. Las que nos propone *La fuga* — el joven que se sienta en la hoja de pega-pega, el joven que conversa sin pantalones — son incomodísimas. Otro error, acaso insanable: la intromisión de personajes caricaturales (en este caso, la directora de la escuelita) que contaminan a los otros de irrealidad. A los otros y a la historia que los hospeda.

JORGE LUIS BORGES

CALENDARIO

(REVISTA DE TEMAS DEL MES)

SOBRE EL PROLETARIADO DE LA MUJER (OPINIONES DE NEGROS Y DE BLANCOS). — “La esclavitud, en nuestros días, todavía se halla en pleno vigor entre los negros africanos, no obstante los esfuerzos de los europeos por poner término a la trata. Esta existe en varios lugares de Asia y de Sudamérica. En Rusia sólo llegó a transformarse en servidumbre bajo Nicolás I, y esta servidumbre no fué abolida hasta 1861 por Alejandro II. La esclavitud fué abolida en la India Inglesa en 1833; en 1844, en las colonias francesas; en 1865, en los Estados Unidos, tras la guerra de Secesión; en 1888, en el Brasil”.

“Petit Larousse Illustré”.

El miércoles 4 de agosto de 1937, en Buenos Aires, se reunían unas cincuenta mujeres bajo los auspicios y en el local de la “Young Women Christian Association” para oír la conferencia que sobre los derechos civiles de la mujer pronunciaba una de ellas, la doctora Quiroga. A esta conferencia debía seguir un debate y, en efecto, así fué. Los únicos representantes del sexo masculino que se hallaban en la asamblea eran un repórter del “Buenos Aires Herald”, más bien rubio, y otro señor, cuyo rasgo característico era su color más bien oscuro. Imaginando que este detalle sin importancia para los que estamos contra la esclavitud y el racismo — podía ser anunciador de simpatía hacia la causa de la mujer, ya que la gente de color ha sido y es aún víctima de la justicia social, grande fué nuestra sorpresa al comprobar que nos habíamos equivocado de medio a medio. Cuando el debate estaba por terminarse, el negro (¡ay!, fué entonces cuando descubrimos que no era auténtico: tenía el alma blanca en el peor sentido de la palabra), se puso de pie y con sobrado tupé, dudosa gramática y escasa elocuencia declaró que estaba contra la emancipación de la mujer, contra la igualdad de derechos civiles del hombre y de la mujer. Agregó que si bien las mujeres tenían razones para reclamar ciertos derechos, el momento estaba mal elegido para esas reclamaciones, dado el estado de caos y la crisis que atravesaba el mundo. En una palabra, el negro habló como un blanco — quiero decir, como la mayoría de esos blancos que de “motu proprio” jamás hubieran abolido la esclavitud.

Hemos defendido siempre la causa de la raza de Cam, tan humillada y despreciada en la tierra. Pero es necesario poner en claro que en esa raza, como en todas las demás, existen seres — y numerosos — que no han podido salir de la esclavitud,

ERRATA

En la sección "CALENDARIO", pág. 123, línea 21,
en lugar de *justicia*; léase *injusticia*.

En la pág. 53, línea 23, dice: La presencia muda
de *Mr. Ramsay*... debe decir: La presencia muda
de *Mrs. Ramsay*...

greso, el Puerto del Riachuelo y el Obelisco; una estancia entrerriana, pero Saslavsky nos perdona las domas de potros, las yerras, las carreras cuadreras, las payadas de contrapunto y los muy previsibles gauchos ladinos a cargo de italianos auténticos.

Segunda virtud: el director ha desoído las tentaciones lacrimosas del argumento. Sus malevos ejercen el asesinato como quien ejerce un oficio: no añoran el tugurio natal en tangos elegíacos y los comanda un serio caballero alemán que se complace en animales embalsamados y vive en una casa funcional grata a los paradigmas de Gropius. Es cierto que una de las protagonistas da la vida por su hombre, pero también es cierto que no le guarda la fidelidad corporal que un director americano le exigiría. La ayuda un empleado de investigaciones. Este (rasgo justísimo y del todo admirable) es mucho más compadre que los malevos acosados por él.

La escena de la muerte de la mujer — la escena de su inaudita voz moribunda — es la más intensa del film. Otro alto momento es la asombrosa felicidad de la niña, el saber que dos años — sólo dos años — la separan de una felicidad que ella había pensado inmediata.

En cuanto a los defectos... Entiendo que podemos, en buena lógica, reducirlos a uno: la rastrera y penosa comicidad. El argumento de *La fuga* es, *mutatis mutandis*, el del famoso film *The preacher* de Chaplin, malamente rebautizado en estas repúblicas *El reverendo Caradura*. No desapruero la anexión de esta fábula: sí, lo ingenuo de suponer que en una historia utilizada por Chaplin quedan por explorar muchas posibilidades grotescas. Las que nos propone *La fuga* — el joven que se sienta en la hoja de pega-pega, el joven que conversa sin pantalones — son incomodísimas. Otro error, acaso insanable: la intromisión de personajes caricaturales (en este caso, la directora de la escuelita) que contaminan a los otros de irrealidad. A los otros y a la historia que los hospeda.

JORGE LUIS BORGES

CALENDARIO

(REVISTA DE TEMAS DEL MES)

SOBRE EL PROLETARIADO DE LA MUJER (OPINIONES DE NEGROS Y DE BLANCOS). —
“La esclavitud, en nuestros días, todavía se halla en pleno vigor entre los negros africanos, no obstante los esfuerzos de los europeos por poner término a la trata. Esta existe en varios lugares de Asia y de Sudamérica. En Rusia sólo llegó a transformarse en servidumbre bajo Nicolás I, y esta servidumbre no fué abolida hasta 1861 por Alejandro II. La esclavitud fué abolida en la India Inglesa en 1833; en 1844, en las colonias francesas; en 1865, en los Estados Unidos, tras la guerra de Secesión; en 1888, en el Brasil”.

“Petit Larousse Illustré”.

El miércoles 4 de agosto de 1937, en Buenos Aires, se reunían unas cincuenta mujeres bajo los auspicios y en el local de la “Young Women Christian Association” para oír la conferencia que sobre los derechos civiles de la mujer pronunciaba una de ellas, la doctora Quiroga. A esta conferencia debía seguir un debate y, en efecto, así fué. Los únicos representantes del sexo masculino que se hallaban en la asamblea eran un repórter del “Buenos Aires Herald”, más bien rubio, y otro señor, cuyo rasgo característico era su color más bien oscuro. Imaginando que este detalle sin importancia para los que estamos contra la esclavitud y el racismo — podía ser anunciador de simpatía hacia la causa de la mujer, ya que la gente de color ha sido y es aún víctima de la justicia social, grande fué nuestra sorpresa al comprobar que nos habíamos equivocado de medio a medio. Cuando el debate estaba por terminarse, el negro (¡ay!, fué entonces cuando descubrimos que no era auténtico: tenía el alma blanca en el peor sentido de la palabra), se puso de pie y con sobrado tupé, dudosa gramática y escasa elocuencia declaró que estaba contra la emancipación de la mujer, contra la igualdad de derechos civiles del hombre y de la mujer. Agregó que si bien las mujeres tenían razones para reclamar ciertos derechos, el momento estaba mal elegido para esas reclamaciones, dado el estado de caos y la crisis que atravesaba el mundo. En una palabra, el negro habló como un blanco — quiero decir, como la mayoría de esos blancos que de “motu proprio” jamás hubieran abolido la esclavitud.

Hemos defendido siempre la causa de la raza de Cam, tan humillada y despreciada en la tierra. Pero es necesario poner en claro que en esa raza, como en todas las demás, existen seres — y numerosos — que no han podido salir de la esclavitud,

greso, el Puerto del Riachuelo y el Obelisco; una estancia entrerriana, pero Saslavsky nos perdona las domas de potros, las yerras, las carreras cuadreras, las payadas de contrapunto y los muy previsibles gauchos ladinos a cargo de italianos auténticos.

Segunda virtud: el director ha desoído las tentaciones lacrimosas del argumento. Sus malevos ejercen el asesinato como quien ejerce un oficio: no añoran el tugurio natal en tangos elegíacos y los comanda un serio caballero alemán que se complace en animales embalsamados y vive en una casa funcional grata a los paradigmas de Gropius. Es cierto que una de las protagonistas da la vida por su hombre, pero también es cierto que no le guarda la fidelidad corporal que un director americano le exigiría. La ayuda un empleado de investigaciones. Este (rasgo justísimo y del todo admirable) es mucho más compadre que los malevos acosados por él.

La escena de la muerte de la mujer — la escena de su inaudita voz moribunda — es la más intensa del film. Otro alto momento es la asombrosa felicidad de la niña, el saber que dos años — sólo dos años — la separan de una felicidad que ella había pensado inmediata.

En cuanto a los defectos... Entiendo que podemos, en buena lógica, reducirlos a uno: la rastrera y penosa comicidad. El argumento de *La fuga* es, *mutatis mutandis*, el del famoso film *The preacher* de Chaplin, malamente rebautizado en estas repúblicas *El reverendo Caradura*. No desapruero la anexión de esta fábula: sí, lo ingenuo de suponer que en una historia utilizada por Chaplin quedan por explorar muchas posibilidades grotescas. Las que nos propone *La fuga* — el joven que se sienta en la hoja de pega-pega, el joven que conversa sin pantalones — son incomodísimas. Otro error, acaso insanable: la intromisión de personajes caricaturales (en este caso, la directora de la escuelita) que contaminan a los otros de irrealidad. A los otros y a la historia que los hospeda.

JORGE LUIS BORGES

CALENDARIO

(REVISTA DE TEMAS DEL MES)

SOBRE EL PROLETARIADO DE LA MUJER (OPINIONES DE NEGROS Y DE BLANCOS). —
“La esclavitud, en nuestros días, todavía se halla en pleno vigor entre los negros africanos, no obstante los esfuerzos de los europeos por poner término a la trata. Esta existe en varios lugares de Asia y de Sudamérica. En Rusia sólo llegó a transformarse en servidumbre bajo Nicolás I, y esta servidumbre no fué abolida hasta 1861 por Alejandro II. La esclavitud fué abolida en la India Inglesa en 1833; en 1844, en las colonias francesas; en 1865, en los Estados Unidos, tras la guerra de Secesión; en 1888, en el Brasil”.

“Petit Larousse Illustré”.

El miércoles 4 de agosto de 1937, en Buenos Aires, se reunían unas cincuenta mujeres bajo los auspicios y en el local de la “Young Women Christian Association” para oír la conferencia que sobre los derechos civiles de la mujer pronunciaba una de ellas, la doctora Quiroga. A esta conferencia debía seguir un debate y, en efecto, así fué. Los únicos representantes del sexo masculino que se hallaban en la asamblea eran un repórter del “Buenos Aires Herald”, más bien rubio, y otro señor, cuyo rasgo característico era su color más bien oscuro. Imaginando que este detalle sin importancia para los que estamos contra la esclavitud y el racismo — podía ser anunciador de simpatía hacia la causa de la mujer, ya que la gente de color ha sido y es aún víctima de la justicia social, grande fué nuestra sorpresa al comprobar que nos habíamos equivocado de medio a medio. Cuando el debate estaba por terminarse, el negro (¡ay!, fué entonces cuando descubrimos que no era auténtico: tenía el alma blanca en el peor sentido de la palabra), se puso de pie y con sobrado tupé, dudosa gramática y escasa elocuencia declaró que estaba contra la emancipación de la mujer, contra la igualdad de derechos civiles del hombre y de la mujer. Agregó que si bien las mujeres tenían razones para reclamar ciertos derechos, el momento estaba mal elegido para esas reclamaciones, dado el estado de caos y la crisis que atravesaba el mundo. En una palabra, el negro habló como un blanco — quiero decir, como la mayoría de esos blancos que de “motu proprio” jamás hubieran abolido la esclavitud.

Hemos defendido siempre la causa de la raza de Cam, tan humillada y despreciada en la tierra. Pero es necesario poner en claro que en esa raza, como en todas las demás, existen seres — y numerosos — que no han podido salir de la esclavitud,

a pesar de haber sido ésta abolida; estos seres son aquellos que conservando una psicología de esclavos, y siendo por ende "parvenus" de la tiranía, se regocijan al ver prolongada la esclavitud del prójimo.

El negro que oímos en la Y. W. C. A. hablaba como muchos blancos; era el símbolo de muchos blancos (los que no son auténticos, los que tienen el alma negra en el peor sentido de la palabra). Saludamos en él, con tristeza, el espíritu que inspiró la reforma actual de nuestro Código Civil en lo que se refiere a la mujer.

A los dos días leímos en una revista callejera esta frase, digna del negro con alma blanca: "Eso de la servidumbre femenina en las sociedades civilizadas es un alegato de histéricas". Pero ¡no! Esta vez es un blanco con alma negra el que habla.

Los blancos que lo son de verdad, quiero decir, los seres auténticos, hablan y escriben como Emmanuel Mounier. Y me complazco en citar de nuevo estas líneas ya publicadas en SUR:

"Varios cientos de miles de obreros trastornan la historia en cada país, porque se han dado cuenta de su opresión. Un proletariado espiritual cien veces más numeroso, el de la mujer, continúa fuera de la historia sin causar asombro. Su situación moral no es sin embargo más envidiable, pese a apariencias más brillantes. La imposibilidad, para la persona, de nacer a su vida propia, — que a nuestro parecer define el proletariado más esencialmente todavía que la miseria material, — es el destino de casi todas las mujeres, ricas y pobres, burguesas, obreras y campesinas".

Los negros, los blancos, los amarillos y hasta los rojos (pieles) que son hombres auténticos, no pueden hoy día dejar de estar de acuerdo con esta gran verdad. —



MOCIONES DEL XV CONGRESO INTERNACIONAL DE LOS PEN CLUBS. — Además de la protesta contra el asesinato de Federico García Lorca, de que hemos informado en nuestro número anterior, el XV Congreso Internacional de los Pen Clubs, reunido hace pocas semanas en París, votó por unanimidad otras tres mociones. La primera es un mensaje de simpatía a toda España con el deseo de que *"la paz civil sea prontamente restablecida, e instaurado un régimen exento de todo recurso a la violencia, donde la libertad de expresión y los derechos del espíritu, sean reconocidos y salvaguardados"*.

La segunda es una protesta vigorosa *"contra las limitaciones impuestas en ciertos países de Europa a la cultura de las minorías nacionales; y, particularmente, contra las persecuciones físicas y morales de que son víctimas las masas populares y las "élites" intelectuales judías"*.

Finalmente, la última moción implica también una protesta *"contra las violencias*

de que han sido víctimas en Alemania numerosos escritores, partidarios de la libertad de expresión, y, especialmente, contra el hecho de que el gobierno alemán haya impedido al laureado con el Premio Nobel de la Paz 1936, al escritor Carl von Ossietzky, miembro de los Pen Clubs, presentarse ante el Comité Nobel, en Oslo, para pronunciar la alocución prescrita en los estatutos de esa Federación”.



UN DISCURSO DE JULIEN BENDA. — Un nuevo Congreso de escritores tuvo lugar hace pocas semanas, tras las reuniones de los Pen Clubs. El de la Alianza Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Este celebró sus sesiones consecutivamente en Valencia, Madrid, Barcelona y París. Asistieron numerosos escritores y se pronunciaron no menos numerosos discursos. De entre todos ellos juzgamos interesante destacar estos párrafos de Julien Benda:

“Quisiera decir algunas palabras en nombre de los intelectuales que somos, precisando lo que yo llamaría el punto del deber profesional, sobre el que nos encontramos seguramente en desacuerdo con algunos de nuestros camaradas, aunque no estoy seguro de que debamos llamar camaradas a los hombres que están en oposición con nosotros en cuestiones que vosotros juzgaréis, como yo, absolutamente fundamentales”.

“Estos camaradas no dejarán de decirnos: “Os declararéis intelectuales; en consecuencia no debéis ocuparos sino de cosas intelectuales, y, dando vuestra adhesión al gobierno de Valencia, por medio de vuestra presencia, vosotros hacéis política y os apartáis completamente de vuestras funciones”.

Julien Benda recordó entonces que ya en “La Trahison des Clercs” denunció a intelectuales que como Barrés y D’Annunzio desconociendo los verdaderos valores del intelectualismo, se pusieron al servicio de intereses puramente temporales, en especial los del nacionalismo y los de la clase burguesa.

“No hay que confundir — prosiguió Benda —, la política, es decir la sumisión a intereses bajamente egoístas, con la moral..., con la defensa de los valores morales más elevados, entre ellos la justicia y los derechos del hombre, comprendiendo en ellos los derechos de las naciones a una vida libre y al abrigo del sometimiento a que quisieran conducir las bandas de modernos feudales. Los intelectuales venidos a Valencia no hacen más que mantenerse en la línea de Spinoza quien, saliendo de la celda donde escribió la “Ética”, fué a escribir en la puerta de los asesinos de los hermanos de Witte, con peligro de su vida: “Ultimi Barbarorum”.

“Nosotros aportamos con toda nuestra alma nuestra más viva adhesión al gobierno de la España Republicana, a quien toca hoy el trágico honor de representar frente a las eternas fuerzas del oscurantismo, la causa de la justicia y de la libertad. Comulgamos con las vicisitudes temporales de la España Republicana, y de todo corazón hacemos un llamamiento a su victoria”.

LA MEDICIÓN DE UN ARCO DE MERIDIANO, resuelta por ley nacional, constituirá un acto de colaboración científica internacional, pues ha de contribuir al mejor conocimiento de la forma y dimensiones de la Tierra.

La ausencia de tales mediciones en el hemisferio austral, al Sud del paralelo 40, la condición favorable de la región central y oriental del territorio argentino, uniformemente llana y con amplia plataforma submarina y, sobre todo, la circunstancia especialísima de que ningún otro país se extiende hacia el sud, hasta latitudes tan bajas, colocan a la Argentina en una situación privilegiada ante un problema de esta naturaleza.

Los trabajos proyectados se desarrollarán a lo largo de todo el país, constituyendo el arco a medir, de una extensión de unos 4.400 kilómetros, el eje de una zona de extensión superficial de unos 200.000 kilómetros cuadrados, zona que servirá de laboratorio a distintas disciplinas científicas.

Además de las operaciones geodésicas y afines, observaciones astronómicas y magnéticas, determinaciones gravimétricas, relacionadas con la medición del arco, esa zona se convertirá en el centro de las investigaciones científicas más prolongadas y sistemáticas que se hayan realizado en el país en el dominio de las ciencias naturales: geología, mineralogía, paleontología, zoología, botánica, etc.



EL DERECHO DE MOLESTAR. — A gritos, por los altoparlantes de la radio, se anuncian las virtudes de cierta fórmula presidencial oficialista. En los breves momentos en que cesan los gritos, les toca el turno a las marchas militares. Y así sucesivamente, desde las 10 de la mañana hasta las 12 de la noche. El sonido brutalmente amplificado oculta las palabras. En su ardor cívico, los propagandistas han descubierto el medio de que todo el mundo los escuche y nadie los entienda. Predican en el desierto y a la vez sobresaltan la ciudad. En vano intentan leer, trabajar o dormir las personas condenadas a vivir en barrios donde se hallan instalados estos macabros comités electorales. Al final renuncian, pensando con nostalgia y delicia en la sordera. Si "los mismos Dioses combaten inútilmente contra la estupidez" ¿qué otra actitud, salvo la de resignarse, les cabe a los humanos? Estamos en Agosto. Y Agosto, según lo establecen nuestras Ordenanzas Municipales, es el mes de la libre propaganda política, durante el cual puede ejercitarse sin trabas el Derecho de Molestar.



Debido a la extensión que alcanzan varios originales de este número nos vemos obligados a aplazar para el próximo las secciones de Letras extranjeras, Música, Crítica de Arte y varias notas de la sección "Calendario".

ESTE TRIGÉSIMO QUINTO NÚMERO DE "SUR"
ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA TREINTA
DE AGOSTO DE MIL NOVECIENTOS
TREINTA Y SIETE, EN LA IM-
PRENTA LÓPEZ, PERÚ 666,
BUENOS AIRES

ERRATA

En la sección "CALENDARIO", pág. 123, línea 21,
en lugar de *justicia*; léase *injusticia*.

En la pág. 53, línea 23, dice: La presencia muda
de *Mr. Ramsay*... debe decir: La presencia muda
de *Mrs. Ramsay*...